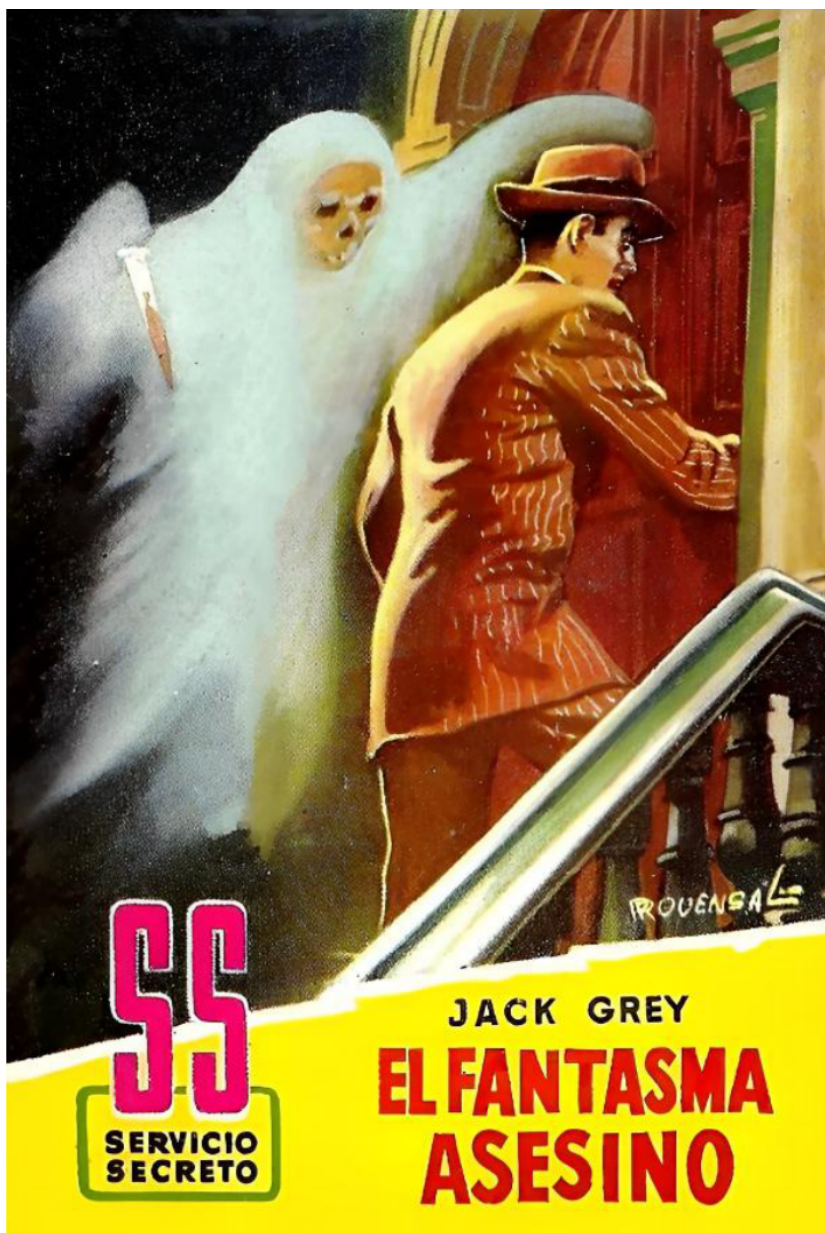




SS

**SERVICIO
SECRETO**

JACK GREY
**EL FANTASMA
ASESINO**

JACK GREY

El fantasma asesino

1ª EDICIÓN
MAYO - 1952



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

2 — Entre tinieblas. 5 — El hotel de los crímenes. 11 — La hiena blanca. 17 — El monstruo. 25 — Rechazados por la muerte. 47 — El soplo de la muerte. 49 — Una pista difícil. 58 — El encapuchado gris. 63 — La maraña sangrienta. 70 Chantaje trágico. 78 — Guerra en la jungla. 84 El F. B. I. en la cárcel. 92 — Stanley, el simple.

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición.

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2. Barcelona.



CAPÍTULO PRIMERO

EL PRIMER ATENTADO

Lionel Blake dio una orden al «abadís» que conducía el carricoche, y éste se detuvo.

Echó pie a tierra, pagó espléndidamente, obteniendo con ello reverencias y bendiciones, y quedé unos momentos contemplando el edificio, rodeado de jardín, que se ofrecía a sus ojos. Era grande, destartalado y tétrico. Por encima de la verja, a base de barrotes y chapa de hierro, realizado con el fin de que desde la calle no pudiese verse el interior, aparecían las copas de unos árboles añosos, retorcidos, faltos de savia.

Aquélla era la mansión de Melwyn Thorbun, polifacético hombre de negocios establecido en El Cairo, donde había cimentado una cuantiosa fortuna.

Hallábase situada en las afueras de la ciudad, sobre una pequeña loma. En torno a la misma, no existían edificaciones de ninguna clase.

Entre Lionel y el millonario mediaba lejano parentesco, pero ningún cariño, toda vez que apenas se habían tratado.

Pulsó el joven el timbre insistentemente. Cuando empezaba a desesperarse, la puerta de la verja se abrió chirriando y un hombre viejo, pálido y *delgado*, apareció, mirándole ceñudo.

—¿El señor Thorbun?

—El señor Thorbun no recibe en casa, sino en su despacho, a las horas de oficina.

—¿Ah, sí? Bueno, de todos modos espero que a mí quiera recibirme. Soy su sobrino Lionel.

Empujó afectuosamente al doméstico, el cual, aunque acentuando el gesto agrio, no se atrevió a resistirse, y avanzó,

seguido del mismo, por la descuidada avenida.

Agudizóse la mala impresión que Blake recibiera desde el exterior. Aquello, exceptuando un pedacito de jardín bien cuidado, rezumaba tristeza gris.

El edificio, amazacotado, vetusto, hacía pensar más bien en un castillo del medievo que en la residencia de un moderno hombre de negocios.

Miró Lionel por *el rabillo* del ojo al esquelético criado que caminaba tras él con pasos automáticos, como si no tuviese articulaciones, y sonrió diciéndose que encajaba perfectamente en el ambiente general. Una persona joven y simpática desentonaría.

Apenas penetraron en el amplio recibidor, adelantóse el viejo.

—Voy a anunciarle. Tenga la bondad de esperar aquí.

Alzóse de hombros el muchacho. Hubiera preferido sorprender a su pariente, más la atmósfera que en todo aquello imperaba frenó sus impulsos. Resultaba conveniente ponerse a tono, aunque sólo fuera en principio.

Al cabo de un rato volvió el doméstico invitándole a seguirle.

Subieron al piso inmediato, y luego de cruzar un largo pasillo, detuviéronse ante una gran puerta pintada de color caoba oscuro. Llamó el viejo. Una voz agradable sonó dentro concediendo autorización.

Blake se encontró ante Melwyn Thorburn, a quien reconoció enseguida, y ante otro hombre, relativamente joven, no visto nunca hasta entonces.

Frisaba el millonario en los cincuenta años. Era rubio, de pupilas grises, tirando a grueso sin exageración. Su gesto habitual resultaba acogedor y simpático.

—¡Tío!

—¡Hola, muchacho!

Se estrecharon las manos, efusivos.

El recibimiento agradó a Blake. Había temido, paladeando la hostilidad del ambiente, encontrarse con un señor estirado que le mantuviese a distancia, y veíase, por el contrario, en presencia de persona amabilísima que le sonreía denotando satisfacción.

—Debes perdonar que no haya acudido a recibirte al oír tu nombre, pero mis piernas no me obedecen como quisiera y procuro andar lo menos posible.

Lionel había advertido ya que su pariente movíase con trabajo y se interesó por la dolencia que padecía.

—El reuma, el maldito reuma, repuso Melwyn. —Voy a presentaros: Earle Goodis, gran amigo, y socio en no pocas empresas; Lionel Blake, hijo de una prima mía...

Saludáronse los dos hombres.

Earle Goodis sonreía cordial, afectuoso, denotando interés en resultar grato desde el primer momento. No pudo, a pesar de todo, causar buena impresión en Blake.

Tomaron asiento y el joven, a instancias de su tío, explicó el motivo de su viaje:

—No sé si sabrás que empiezo a tener nombre como escritor. Mi última obra ha logrado un franco éxito en los EE. UU. Ahora me propongo desarrollar una novela en Egipto. No he podido resistir la tentación que en todos los «plumíferos» ejercen el Nilo, las Pirámides... Por fortuna, mis medios económicos me permiten realizar satisfacciones de esta naturaleza. No soy millonario como tú, querido tío, pero tampoco se me puede catalogar entre los parias.

Escuchó frases alentadoras para su propósito y Earle Goodis ofreciósele en plan de guía cada vez que lo necesitase. Hizo, además, lo que no había hecho Thorbun: mencionar la conveniencia de que se alojase allí.

—Supongo que su tío no le permitirá hospedarse en ningún hotel. Este caserón tiene capacidad para un regimiento. Yo habito aquí también. Contribuirá usted a que se nos hagan más agradables las horas que pasamos en casa.

Lionel creyó adivinar en su pariente un gesto de disgusto; mas fue tan rápido que dudó luego de su existencia.

—No quisiera molestar. Me he instalado en el «Nuevo Hotel»...

Interrumpióle Melwyn:

—No se hable más del asunto. Te quedarás con nosotros mientras dure tu estancia en El Cairo... so pena de que tengas otros propósitos o de que no te encuentres a tus anchas entre tanto trasto viejo. En realidad, el que no me adelantara a la sugerencia de Goodis obedece a que esta casa encierra pocos atractivos... no obstante el esfuerzo de las mujeres por hacerla acogedora.

Blake supuso a qué mujeres referíase aquél. Había oído hablar

en distintas ocasiones de Elizabeth y Josephine Neale, madre e hija respectivamente, las cuales vivían bajo el mismo techo de Melwyn desde hacía muchos años.

Aceptó el joven el ofrecimiento de buena gana. La verdad era que había llegado con tal propósito y que, de no haber intervenido Goodis, él mismo hubiera hecho la petición.

Llamó el millonario al esquelético sirviente, a quien dijo:

—Mi sobrino, el señor Blake, va a ser nuestro huésped. Ocúpate de que le preparen las habitaciones del ala Norte y de que recojan el equipaje que dejó en el «Nuevo Hotel». Comunícaselo a la señora Neale.

La hora de comer se acercaba.

Llamaron a la puerta y, debidamente autorizada, penetró en el despacho la mujer más bonita que Blake viera en su vida. Formas esculturales, perfecto óvalo de rostro, tez blanca y sonrosada, labios rojos, gordezuelos, ojos negros, grandes, sombreados por enormes pestañas; abundante cabello como la endrina...

—Entra, querida —invitóla Melwyn—. Voy a presentarte a mi sobrino Lionel. Esta señorita es Josephine. Neale, ahijada mía.

Miráronse los jóvenes, denotando el buen efecto que se habían producido mutuamente, y ella le tendió la mano.

—Mucho gusto...

Se la estrechó Blake, diciendo a la par:

—Beso sus pies, señorita. Nunca hubiera imaginado hallar tanta belleza junta en una sola persona.

Mostró Josephine, en una sonrisa triste, la blancura de sus dientes perfectos. Thorbun exteriorizó complacencia. Goodis disimuló la poca gracia que le había producido el piropro tributado a aquella mujer, en la cual tenía cifradas sus máximas ambiciones.

—Debéis trataros con cierta confianza —aconsejó Melwyn—. Hemos de considerarnos casi como de la familia.

Cambiaron algunas bromas. El millonario se apoyó en Josephine y explicó a Blake:

—Es mi sostén. Mientras estoy en casa no me permite usar bastón, ni silla de ruedas... Su lindo hombro me soporta frecuentemente.

—Y no cedo mi sitio a nadie —repuso la muchacha, dirigiéndose con preferencia al forastero.

Pasaron al comedor, donde ya aguardaba una mujer alta, seca como un palo, enlutada rigurosamente. Su rostro tenía una palidez cadavérica, y en él ardían como brasas unos ojos negros, abismales.

Lionel dijo que aquella dama hacía una pareja inigualable con el esquelético criado.

—Hola, Elizabeth —saludóla Thorbun—. Te presento a mi sobrino. Ésta es, Lionel, la madre de Josephine. Ostenta el cargo de ama de llaves, porque así lo desea; pero en realidad es la verdadera dueña de la casa.

El joven se inclinó respetuoso, más Elizabeth no le ofreció la mano, ni pronunció palabra alguna, limitándose a hacer un casi imperceptible movimiento de cabeza.

Durante la comida hablaron todos menos la espectral ama de llaves. Lionel sintió varias veces sobre sí la mirada dura de aquella mujer enigmática.

Pasaron a otra estancia a tomar café y licores. Elizabeth no les acompañó.

Adivinando lo que pasaba por el cerebro de Lionel, explicó entonces Josephine:

—Mi pobre madre se encuentra un poco perturbada. Discúlpela. La bondad de mi padrino, teniéndola en casa a pesar de todo y proporcionándole una vida fácil, llena de comodidades, contribuye a que su estado de salud no empeore y a que mi sufrimiento por tal motivo resulte llevadero.

Protestó Melwyn:

—¿Quieres callar, charlatana? Tu madre lleva muchos años al servicio de esta casa, siendo tratada como de la familia, y eso le da derecho a las consideraciones de que disfruta; pero aunque no concurriera tal circunstancia, el solo hecho de ser tu madre bastaría para merecerlo todo. ¿Habré de repetirte una vez más que te considero como si fueses mi hija?

Humedeciéronse las pupilas de la joven. Melwyn la acarició, animándola; Earle le prodigó a su vez frases de consuelo. Dijo Blake:

—Me permito hacerles saber que una de mis grandes pasiones es la psiquiatría. La he escudriñado a fondo y aunque no puedo comprometerme a nada, y si no tienen inconveniente, estudiaré el caso de esta señora.

Josephine le miró con gratitud; Earle frunció el ceño; Melwyn curvó los labios en irónica sonrisa:

—¡Eres un hombre extraordinario, querido sobrino! Escritor... psiquiatra... ¿Alguna cosa más?...

Elusivo, respondió el muchacho:

—Noto que no me toman en serio.

—¡Yo, sí le tomo! —apresuróse a decir Josephine—. Mamá, gracias al padrino, ha sido visitada por médicos eminentes; pero no pierdo la esperanza nunca y acepto todo cuanto se pueda intentar.

—Siendo así —decidió Lionel—, aunque no me acompañe el éxito, haré cuanto esté a mi alcance.

—Bien, bien... no vamos a oponernos —concedió Melwyn—. ¡Quién sabe si tu venida a El Cairo ha sido providencial!

Luego de saborear los licores, Melwyn y Earle dispusiéronse a salir. No podían abandonar sus negocios.

—Insisto en mi ofrecimiento de servirle de guía —dijo este último a Blake—, pero hoy me resulta imposible. Hay algunos asuntos de urgencia...

—No se preocupe. Iré con ustedes, si me lo permiten, hasta el centro, y me perderé luego sólo en la ciudad. Es ese uno de los mayores encantos que tienen para mí las poblaciones no visitadas nunca.

—Excusado es decir —anunció el millonario—, que puedes disponer de uno de mis coches.

—Gracias. Hoy prefiero deambular a pie.

Los tres hombres dirigieron al automóvil que les esperaba en la puerta. Melwyn, como de costumbre, se apoyó en Josephine para llegar al mismo.

En una de las calles más céntricas, donde ambos socios tenían establecidos sus despachos, separáronse de Lionel, quien, según anunciara, dedicóse a pasear curioseándolo todo.

Más que los minaretes y cúpulas que asaeteaban el espacio, llamaban la atención del joven las callejas estrechas, típicas, por las que se deslizaba una multitud heterogénea, digna de estudio: casquetes encarnados, largas túnicas, blancos alquiceles que flotaban al tenue y cálido viento del atardecer, grandes turbantes, algún que otro «salacof»...

A la caída de la tarde, cansado, sudoroso, pues el tórrido sol de

Egipto había lucido en todo su esplendor, volvió Lionel a la casa de su tío, el cual no había regresado aún, como tampoco Earle.

Josephine le recibió con aquella amarga sonrisa que parecía formar parte de su propio espíritu. Interesóse por la impresión del muchacho acerca de la ciudad y luego llevó el diálogo hacia la enfermedad de su madre.

—¿Cree usted, efectivamente, que podrá lograrse algo?

—Imposible contestar esa pregunta. Lo único a mi alcance es prometer que lo intentaré todo.

—¿Quiere que lo iniciemos hoy?

—A su gusto.

Trasladáronse a la habitación donde se encontraba Elizabeth, la cual les miró colérica, exteriorizando sin frases el disgusto que le producía aquella visita.

—Mamá... El señor Blake tiene interés en hablar contigo...

—En efecto —apresuróse a decir el joven—. Me ha causado usted gran impresión porque me recuerda a una persona muy querida. ¿No la molesta que nos sentemos un rato y charlemos? Estoy un poco descentrado, ¿sabe?... No conozco a nadie aquí, aparte de ustedes, y yo siempre fui un hombre afectivo, amante del hogar...

Siguió expresándose en tono ingenuo, pulsando fibras sensibles, y sin que en ningún momento pudiera sospechar la paciente sus verdaderas intenciones. A fuerza de, constancia logró que ésta le prestase atención e incluso que, aunque brevemente, interviniese en el diálogo.

Melwyn y Earle telefonearon anunciando que no acudirían a cenar y excusándose con el forastero.

—Esto es muy frecuente —aclaró Josephine—. Lo extraordinario resulta que almuercen y cenan aquí. Hoy tuvo usted suerte cogiéndoles en casa. ¡Dichosos negocios!... Yo lo siento por mi padrino. Su salud no es muy buena y esta vida no resulta la más aconsejable para él.

Cenaron las dos mujeres y Blake.

Elizabeth se mostró menos arisca con el muchacho. Escuchó atentamente cuanto dijo, dirigióle algunas palabras y hasta en dos ocasiones hubo en sus labios conatos de sonrisa. Josephine no perdía detalle en tal sentido y no disimulaba su emoción al advertir

el pequeño cambio operado en la que le dio el ser.

Lionel se retiró temprano. Estaba cansado realmente. Se le habían destinado tres habitaciones exageradamente espaciosas: despacho, sala y dormitorio. Anexo a éste, el cuarto de baño. Todas ellas estaban provistas de ventanas y balcones, abiertos, en su mayoría, sobre el jardín.

El equipaje estaba allí ya. Blake empezó a colocarlo en los grandes muebles destinados al efecto, pero a mitad del quehacer se cansó, metiéndose en la cama. Crujieron las maderas como si protestasen. El joven apagó la luz. Vueltas... más vueltas... imposible dormirse.

De vez en cuando, pisadas sigilosas, que no se podía precisar de dónde provenían ni el lugar en el cual empezaban a alejarse. En ocasiones daban la sensación de que sonaban allí mismo, en el cuarto inmediato, en el dormitorio, incluso.

Y Lionel encendía la luz, para tomar a apagarla, luego de haber comprobado que no había nadie.

Se levantó viento, ese viento pegajoso del Kahorah que parece traer soplos de sol derretido. Comenzó a golpear una ventana; no se sabía dónde.

Blake sonrió.

—¡Como en las películas de miedo! —se dijo—. ¡No falta detalle!

Poco a poco, el sueño fue acudiendo a sus párpados.

No hubiera podido decir si hacía ya horas o sólo minutos que dormía cuando despertó de pronto, incorporándose en el lecho. Acababa de llegarle un grito desgarrador qué no parecía humano.

Se arrojó del lecho e inundó de luz el dormitorio. Nadie. Vistióse un batín sobre el pijama, cogió la pistola y, luego de recorrer sus habitaciones, salió al pasillo. Unas pisadas leves se alejaban hacia el fondo. Aligeró el paso.

—¿Quién, anda ahí?

Las pisadas se detuvieron. Aceleró el muchacho el avance. Audie, el viejo sirviente esquelético, le miraba de modo enigmático.

—Soy yo, señor —dijo en susurro—. ¿Suced algo?

—Eso es lo que quiero saber. He percibido un grito.

—¿Un grito?

—¿Usted no lo oyó?

—Yo no. Soy un poco duro de oído, aunque no se me pueda calificar de sordo. Quizá pajarracos nocturnos... Cruzan muchos por los alrededores. También cabe en lo posible que la señora Neale sufra alguna de sus pesadillas. Sus habitaciones caen precisamente sobre las del señor.

—Bien; de todos modos, guíeme. Vamos a recorrer la casa.

Audie hizo un gesto de fastidio, pero la actitud de su interlocutor era tan enérgica que no se atrevió a contradecirle.

La inspección no dio resultado alguno. El silencio lo envolvía todo. Blake supo que tanto su tío como Goodis habían regresado y dormían ya. Se hizo recibir por el primero, a quien explicó la causa de su alarma, obteniendo parecida respuesta a la que antes le diera el criado.

—La pobre Elizabeth sufre a veces sueños angustiosos que la hacen gritar. No te preocupes. Aquí nunca ocurre nada. Buenas noches.

Lionel regresó a sus habitaciones, un tanto avergonzado. A buen seguro le consideraban un chico pusilánime. Esta idea le hizo sonreír. Se acostó de nuevo. No oyó más pisadas. Únicamente, crujir de tablas viejas.

—Polillas... Ratas... —murmuró—. Bueno... ¡A dormir se ha dicho!

Consiguió su propósito.

A la mañana siguiente despertó tarde. Cuando bajó al comedor, Melwyn y Earle se habían marchado ya.

Josephine preguntó cómo había pasado la noche y él no quiso referirle el pequeño incidente. Aseguró haber descansado bien y apenas hubo tomado el desayuno se lanzó a la calle. Renunciando al automóvil que habían puesto a su disposición, fue alejándose a pie, en espera de que cruzase algún carricoche de servicio público.

A los pocos metros tropezó casi con una mujer bellísima que se cubría parte del rostro con el «yabran» (manto), la cual le envolvió en la ardiente mirada de sus ojos negros.

Pasó al fin un «arbadjis», le hizo señas y montando en el curioso vehículo se trasladó al centro de la parte occidental. Allí lo despidió y se dirigió a la Embajada norteamericana, poniendo gran cuidado en si alguien le seguía. Pasó tarjeta. No había transcurrido un minuto cuando le guiaron al despacho de Rufus Colman, secretario

de la misma.

—¡Rufus!

—¡Lionel!

Se estrecharon las manos cariñosamente. Eran íntimos y viejos amigos. La alegría que les proporcionaba el encuentro asomábaseles a los ojos.

Colman cerró la puerta, ordenó que no les molestara nadie y tomó asiento frente al sillón ocupado por su camarada.

—¿Qué te trae por aquí?

Blake no tenía secretos con Rufus. Además, necesitaba contar con su Embajada en previsión de necesitar ayuda.

—Soy inspector del F.B.I. y se me ha encomendado determinada misión en El Cairo —repuso—. Esto, como comprenderás, sólo debéis saberlo el embajador y tú.

Rufus no exteriorizó sorpresa ni hizo comentario alguno, limitándose a prometer la colaboración precisa en todos los sentidos.

Al saber el secretario que Su amigo se hospedaba en el domicilio de Melwyn, exclamó:

—¡Buena noticia! Recordarás que cuando vine aquí irte diste unas líneas de presentación para él. Pues bien: a partir de entonces hicimos amistad y nos visitamos con frecuencia. Es una gran persona. Su socio, Earle Goodis, no me lo parece tanto. He comido allí bastantes veces y ahora, con motivo de tu llegada, lo haré de modo más asiduo.

—Encantado. No suponía que aquel caserón pudiera atraer a nadie.

Colman expelió el humo del cigarrillo, al que acababa de dar una chupada, y repuso:

—Bueno, mira... Entre nosotros no caben disimulos. Insisto en que el señor Thorbun es un hombre simpatiquísimo con el que da gusto tratar; pero... no es él quien me atrae, sino su ahijada.

—¡Caramba!

—Como lo oyes. Estoy locamente enamorado de ella.

—¿Y... sois novios?

—No. Aun no, aunque espero convencerla a fuerza de cariño. Sé que le resulto agradable. Tiene conmigo atenciones y deferencias sintomáticas, pero todavía se resiste.

A Blake no le hizo la noticia mucha gracia, pero lo disimuló bien.

Quedaron en verse pronto y Lionel abandonó la Embajada.

Apenas había dado cincuenta pasos cuando arrugó el entrecejo en un gesto de ligera sorpresa: acababa de divisar, detenida ante un escaparate, a la hermosa desconocida del «yabrah», la cual, descubriéndose la cara casi por completo, brindóle una sonrisa prometedora. Le correspondió él, acercándose con lentitud.

La insistencia de aquella beldad, pues resistíase a admitir que se tratase de algo fortuito, le hizo ponerse en guardia. Nadie, a excepción de Rufus, sabía allí su calidad de agente secreto; aun no había hecho nada que, le pudiese acarrear enemigos; era, pues, absurdo imaginarse que quisieran causarle daño; pero... la costumbre de vivir prevenido siempre, con motivo o sin él, obligóle a considerar la cuestión desde todos los puntos. Se dejaría llevar a ver qué pasaba.

—Maravillosa hurí... ¿Quieres permitir a un infiel que contemple de cerca tu hermosura?

La joven, mirándole a través de las largas pestañas semientornadas, le sonrió con mayor encanto y echó a andar en silencio.

Aquello equivalía a una invitación.

Apretó el paso el joven hasta colocársele al lado nuevamente; ella entonces se le dirigió angustiada:

—¡No! ¡Aquí, no!

Se había expresado en inglés. Su acento resultaba musical.

Blake creyó advertir que la expresión de miedo reflejada en el semblante de la mujer era fingida, detalle que hizo decrecer el atractivo de la aventura. Casi dio por seguro que se trataba de una mujerzuela, la cual pretendía rodearse de misterio a fin de obtener mejor fruto. Tentado estuvo de dar media vuelta, pero en el fondo estaba intrigado.

La joven había vuelto a cubrirse el rostro con el manto. De vez en vez miraba con disimulo para comprobar si la seguía.

Cruzaron calles y más calles. El «haran» (barrio árabe) surgió ante ellos.

Lionel se colocó nuevamente junto a la desconocida:

—Escucha, «Perla de Oriente». Voy a llamarte así puesto que

ignoro tu nombre. No estoy dispuesto a caminar detrás de ti por tiempo indefinido. Vamos a tomar un coche...

Interrumpióle la joven:

—Sígueme. Ya falta poco. Lo que vas a oír de mis labios tiene interés, mucho interés.

Parpadeó el muchacho, atónito. Las palabras acabadas de escuchar no parecían referirse a ningún escarceo frívolo.

La mujer había acelerado el ritmo de sus andares y él reanudó la marcha.

Con cierta extrañeza observó que la desconocida penetraba en un café, bastante animado por cierto, en el que las voces de los parroquianos apagaban los sonidos de un «rqubab», violín de tres cuerdas, tocado por un hombre de larga barba y ojos sin luz.

«Perla de Oriente», cuidadosamente tapado el rostro, atravesó sin prisas el local, desapareciendo por una de las bajas puertas que se abrían al fondo del mismo. Lionel, tras acariciar con disimulo la culata de la pistola, continuó tras ella.

Encontróse en una salita adornada con relativo lujo. La desconocida se había sentado sobre uno de los cojines que abundaban en el suelo. Su cara, descubierta ya del todo, era sin lugar a dudas un prodigio de belleza.

Invitó a Blake a que la imitara. Éste lo hizo, sin dar la espalda a la puerta, y murmuró:

—Creí que no llegábamos nunca, preciosidad. ¿Cómo se te ha ocurrido traerme tan lejos, con la serie de cafés que hemos encontrado al paso?

—Aquí estamos casi seguros. En otros sitios, no.

—¡Ah, caramba! Bueno, voy a llamar para que nos sirvan...

—No; espera. Ya acudirán sin que te molestes.

—A tu gusto. Habla por esa boca de grana. Se me están ocurriendo muchas cosas bonitas, pero no me atrevo a soltarlas hasta conocer el terreno que piso. Sepamos qué es eso tan interesante.

—¿No te lo parece el hecho de que estemos juntos tú y yo?

Lionel esbozó una sonrisa irónica.

—Desde luego, guapa; y si es lo único que te propusiste, declaro que eres una gran actriz.

—Hay algo más, Lionel Blake.

La frente del joven llenóse de arrugas.

—¿Quién te ha dicho mi nombre?

—La misma persona que tiene interés en hacerte daño. Yo lo he sabido casualmente. Ayer hablaban cerca de mí y te señalaron, nombrándote. He pasado la noche sin encontrar ningún reposo hasta que, finalmente, esta mañana adopté la resolución de ponerte sobre aviso. Ahora te explicarás por qué nos hemos encontrado dos veces en poco tiempo.

La inesperada revelación dejó al joven boquiabierto.

Transcurrió una leve pausa, durante la cual miró a su interlocutora con dura fijeza. Ella no desvió la vista.

—Continúa —pidió Blake—. Ya que sabes mi nombre, dame a conocer el tuyo.

Le interrumpió ella:

—Me gusta el de «Perla de Oriente» que me has aplicado desde el principio. Llámame así.

—Bueno. Explícame ahora las razones que te han movido a comportarte de este modo, y cítame las personas que tan mal me quieren.

—A lo primero te responderé que me causaste gran impresión desde el primer momento. Eres el tipo de hombre que soñé siempre...

—¡Vaya, vaya! ¡Qué suerte la mía!

—Me apenó la idea de que te perjudicasen y me lo he jugado todo.

—Gracias, «Perla». Sigue tu declaración.

—¡Oh, qué impaciencia la tuya! Debemos conceder a cada cosa lo que requiere. Acabo de decirte las razones que han impulsado mis actos. Esas razones llevan en sí, como te he dicho en otras palabras, que me gustas, que te quiero. ¿No opinas que esto merezca la pena de hacer un alto? ¿O es que no soy bella hasta el punto de hacerte olvidar, siquiera unos minutos, las demás cosas?

Lionel tuvo la repentina sospecha de que la joven se proponía ganar tiempo con algún fin determinado.

—Mira, jovencita... —replicó, desconfiado—, eres tan linda que cualquier hombre perdería la cabeza por ti; yo la tengo casi perdida, pero solamente «casi». Antes de perderla del todo quiero que me favorezcas con ese informe sensacional.

Relampaguearon las pupilas de «Perla de Oriente»; sus facciones se endurecieron. Pareció como si fuera a replicar con un zarpazo; pero se contuvo; tornó a sonreír y dijo quedo:

—No sabes o no quieres comprenderme. Las mujeres de mi raza somos muy impresionables, sobre todo en las lides del amor. Cuando este llama a nuestros corazones le ofrendamos la vida y no queremos saber nada de nada más. —Se aproximó a él y empezó a acariciarle los cabellos, añadiendo en susurro—: Mi bien querido, mí...

Interrumpióse: en la puerta acababan de aparecer tres musulmanes de considerable talla. El más alto de ellos rechinó los dientes y achicó los ojos a la par que hablaba en una jerga incomprensible.

«Perla de Oriente» lanzó un grito, fingiendo terror, y, levantándose, se arrimó a la pared cual si quisiese abrir un hueco en la misma.

El más furibundo de los musulmanes esgrimió un alfanje y se lanzó sobre Lionel con ánimo de cortarle el cuello de un tajo. Sólo pudo hendir el aire, pues el joven, denotando una agilidad superior a lo concebible, dio un salto de costado, eludiendo el golpe mortal y descargando al mismo tiempo el puño en la sien derecha de su enemigo. Éste se tambaleó, aturdido. Sus compañeros, gritando como demonios, iniciaron la carga sobre el muchacho quien, empuñando rápidamente la pistola, les conminó:

—¡Quietos o no lo contáis!

Los antagonistas detuviéronse, impresionados, mientras «Perla de Oriente», aprovechando la confusión, ganó la puerta.

El musulmán que recibiera el puñetazo de Blake se había repuesto pronto e hizo ademán de volver a la lucha; los otros, animados por el ejemplo, avanzaron también a pesar de la amenaza de la pistola. El muchacho hizo fuego, atravesando con plomo la mano del más furibundo enemigo y clavando sendas balas junto a los pies de los otros.

El griterío hízose ensordecedor. La habitación íbase llenando de gente que se enfebrecía al enterarse del suceso, haciendo muchos causa común con sus congéneres.

Comprendió Lionel que la situación era muy grave. En su automática quedaban tres balas. Decidió, en caso preciso, llevar por

delante a los tres primeros que le cerrasen el paso.

—¡Atrás! —ordenó—. ¡Dejen la puerta libre o la despejaré a tiros!

Oyéronse en aquel momento exclamaciones fuera: «¡La policía!»... «¡La policía!».

Al conjuro de aquellas voces cambió por completo el panorama. Aunque la mayor parte de los ojos continuaban brillando como si estuvieran animados por volcanes, las actitudes agresivas amortiguáronse. Sólo el herido mantuvo en parte su postura fiera.

Varios agentes de la Policía egipcia hicieron su aparición. Los musulmanes, atropellándose unos a otros explicaron en su lengua el suceso. Blake, que les entendía perfectamente, supo entonces que «Perla de Oriente», a quien llamaron Zoraida, era una de las esposas del que estuvo a punto de separarle la cabeza del tronco; que éste la había sorprendido con el infiel y que quiso tomar justa venganza.

No se le ocultó al muchacho que había sido víctima de un complot bien urdido, siendo la taimada mujer el eje principal. De ahí que nadie hubiera tratado de impedirle la huida. De no haber derrochado él Canta serenidad y acierto, el «ultrajado esposo» le habría dividido en dos, contando inmediatamente con la protección y ayuda de cuántos conociesen el drama.

Le habían salvado dos cosas: su arrojo y la aparición de la ronda policial.

Entregó la pistola a los agentes, diciendo:

—Aunque han tratado de asesinarme, siendo tres contra mí, no he querido tumbar a ninguno, limitándome a abrir un agujero en la mano que iba a hacerme picadillo.

Los policías no despegaben los labios. Limitábanse a escuchar con suma atención.

Finalmente lleváronse detenidos a los tres musulmanes y a Lionel. Cuando éste, luego de haber prestado declaración en la Comisaría, citó su amistad con el Secretario de la Embajada norteamericana y su parentesco con Melwyn Thorbun, fue tratado con el máximo de consideraciones y creído sin lugar a dudas. Se le permitió usar el teléfono y llamó a Rufus Colman explicándole su situación.

Una hora más tarde recobraba la libertad.

CAPÍTULO II

EL FANTASMA

El único que bromeaba en la mesa era Goodis. Melwyn se mostraba preocupado; Elizabeth, como ausente, Josephine, triste, llenos sus ojos de reproches que no hubiera querido exteriorizar.

—Ése ha sido el castigo —ironizó el primero—, a sus afanes de conquistador. ¿A quién se le ocurre dejarse seducir por los encantos de una desconocida en una ciudad cosmopolita y, hasta cierto punto, misteriosa, como El Cairo?

Blake sintió repentino odio hacia su interlocutor, quien, enterado por el Comisario de Policía del suceso, había iniciado tal conversación, recreándose en subrayar ante Josephine la parte frívola que pudiera haber en la aventura.

—Verdaderamente, fui un insensato —dijo.

—Lo fuiste —aseveró Melwyn—. La «broma» pudo costarte un disgusto serio. Conviene que andes con pies de plomo. Te has creado enemigos peligrosos y no resultaría sorprendente que te encontrases con ramificaciones de ese problema tontamente creado.

Blake no quiso discutir. Pero aquella misma tarde buscó una oportunidad para hablar a solas con Josephine:

—No quiero que me tome por un estúpido. Si seguí a ésa. Zoraida, a quien su Mahoma confunda, fue porque me dijo cosas raras, cuyo significado me intrigó.

La breve disculpa produjo buen efecto en la joven, aunque quiso disimularlo poniendo en su respuesta aire indiferente:

—No sé por qué me da esas explicaciones. Es usted muy dueño de hacer lo que le venga en gana... aunque, como le ha recomendado mi padrino, debe andarse con pies de plomo.

Lionel quedó confuso. En realidad, Josephine tenía razón: ¿por

qué aquel afán de sincerarse? ¿Qué le importaba lo que ella pudiera pensar?

—Verdaderamente he sido un necio hablándole de tales pequeñeces. Excúseme.

Dio media vuelta. La joven, sin meditar lo que hacía, le llamó.

—Señor Blake...

—Diga.

—Perdóneme usted a mí. No he debido contestarle como lo he hecho. Estimo su deseo de sincerarse; le creo... e insisto en mi recomendación de que tenga cuidado.

—Gracias, Josephine. ¿Me permite que la llame por su nombre? Tío Melwyn quiere que nos tratemos como si fuésemos de familia...

—Yo cumplo gustosa ese deseo, Lionel.

Recibieron ambos la sensación de que en aquel instante se derribaba una muralla invisible que hubiera estado dividiéndoles.

Al separarse, ella y él iban pensando, respectivamente: «¡Es una mujer distinta a todas!». «¡Es un hombre singular!».

Transcurrieron varias jornadas sin que nada anormal alterase la marcha de aquellas vidas.

Blake se pasaba muchas horas escribiendo su novela, de la cual leía párrafos a Josephine, obteniendo calurosos elogios de ésta.

—No comprendo cómo, sin conocer apenas el terreno que pisa, puede escribir con tal propiedad. ¡Aun no ha hecho siquiera una excursión a Gizéh!

—La haré en breve. Es que no quiero que se me escapen las impresiones de por aquí.

En el tono de la muchacha advertíase admiración... y algo de un nuevo sentimiento que ella misma no acertaba a ver claro.

Lionel dedicaba algún tiempo todos los días, a Elizabeth, cuyas opuestas reacciones le originaban preocupación.

Earle, cumpliendo el ofrecimiento que le hiciera, actuó de cicerone un par de veces, mostrando al escritor lugares curiosos de la ciudad.

—Me gustaría dedicarle más tiempo —repetíale con frecuencia— pero usted no puede imaginar cómo estoy de trabajo. ¡Son nuestros negocios tantos y tan distintos!... ¡Con decirle que estamos metidos hasta en cosas de teatros! Y es que su tío es un hombre como no hay dos. ¡Empresa que ve, empresa que aborda! ¡Ya le irá

usted conociendo!

En efecto, Blake se asombraba del dinamismo desplegado por Melwyn, a pesar de que las piernas de éste eran como una llamada constante a la quietud.

—Esta noche cena con nosotros Rufus Colman —anunció Melwyn complacido.

La noticia agradó... y disgustó al mismo tiempo a Lionel. Pasar un rato con aquel viejo amigo le resultaba atrayente; pero...

De su imaginación no se apartaba lo que el Secretario de la Embajada le dijese con respecto a Josephine... y la aludida equivalía ya a algo muy serio para el inspector del F.B.I., aunque no quisiera confesárselo.

El huésped fue acogido con reiteradas manifestaciones de afecto. Elizabeth no se sentó a la mesa. De cuando en cuando le daba por considerarse ama de llaves; hacía alusiones a su condición humilde y todos los esfuerzos de Thorbun para recordarle que se la estimaba como de la familia resultaban baldíos.

Lionel observó, mientras comían, varios detalles significativos que le dieron qué pensar: Rufus no apartaba casi la vista de Josephine, llegando con frecuencia a no enterarse de lo que los demás le decían; ella se mostraba azorada y, de vez en vez, dirigía a su adorador miradas afectuosas. Earle, aunque amenizaba el acto con su risa fácil e ingeniosas ocurrencias, espiaba sin cesar el diálogo de aquellos ojos, y dejaba asomar a los suyos incontenibles ráfagas de ira; Melwyn se daba cuenta de todo el juego y sonreía divertido.

Rufus bromeó con Lionel acerca del incidente ocurrido entre los musulmanes; pero advirtiéndole que le desagradaba el asunto, lo abandonó pronto, aunque Earle se empeñaba en mantenerlo.

Más tarde, después de la comida, y con motivo de haberse planteado una discusión política, Rufus halló pretexto para decir a Josephine:

—Venga conmigo, señorita Neale. Nos asomaremos al balcón y contemplaremos la noche. Resultará para usted más grato que esos odiosos temas con los que cada hombre se considera capaz de salvar al mundo.

Le ofreció el brazo, que aceptó Josephine, y ambos dirigieron al sitio indicado, mientras Melwyn sonreía, Earle encajaba los

dientes y Lionel experimentaba un ramalazo de celos.

—Decídase a hacerme dichoso, Josephine —suplicó el Secretario de la Embajada—. Por mi parte, le prometo que no habrá en el mundo una mujer que le gane a ser feliz. Es hora ya de que abandone esta casa y sea dueña de la suya.

—Por favor, amigo Colman, no insista. Le estimo muy de veras, bien lo sabe, pero... entre la estimación y el cariño media gran distancia... y no me creo capaz de recorrerla nunca.

No se dio él por vencido. Adujo razonamientos, describió en varios tonos su pasión sin límites...

Melwyn protestó en broma, desde su asiento:

—Vuelvan con nosotros. No nos dejen abandonados. Ya no hablamos de cosas serias.

Y la joven pareja abandonó el balcón.

Fue después Blake, quien halló una coyuntura para alejarse con Josephine.

—¿Le ha dado usted ya «el sí» a mi amigo Coleman? —preguntó el joven, queriendo aparecer indiferente.

—¿Usted sabe...?

—¿Qué la quiere? Haría falta estar ciego para no advertirlo. Además, él me lo ha confesado. ¡Se trata de una gran persona!

—Sin duda; pero... no basta con eso. El matrimonio requiere amor... y yo no estoy enamorada de ese hombre.

Lionel experimentó una sensación de alegría intensa.

Pasada la media noche, Rufus decidió irse.

—Piense en mí —suplicó a la joven en el momento de despedirse.

A los pocos minutos de haberse él marchado, Josephine se retiró a descansar. Los hombres tardaron poco en imitarla y la casa quedó envuelta en obscuridad y silencio.

Transcurrió alrededor de una hora.

Un coche se detuvo a corta distancia del domicilio de Thorbun. Lo guiaba Rufus Colman, el cual, luego de haber hecho determinadas gestiones en la ciudad, volvía al sitio que un rato antes le abandonara. Tenía echado el sombrero sobre los ojos y subido el cuello de la ligera gabardina que llevaba.

Avanzó a pie y empujó muy lentamente la puerta del jardín, que alguien, con deliberación, había dejado abierta. Chirrió, más las

precauciones del joven lograron que tal chirrido fuera insignificante.

La quietud era completa.

Colman, se dirigió hacia la escalera que conducía al edificio.

De entre un macizo de añosos árboles surgió una figura extraña. Iba totalmente vestida de negro y tenía cubierto el rostro por un capuchón, a través de cuyas aberturas brillaban siniestras pupilas. Avanzó hacia Rufus sin producir ningún ruido. Su mano derecha esgrimía un puñal.

Colman tuvo de pronto la sensación de un inminente peligro e instintivamente volvió la cabeza. Una especie de garra cayó sobre sus labios al propio tiempo que la acerada hoja se le hundía en el corazón. Lanzó un grito desgarrado, pero breve, muy breve. Antes de caer al suelo había dejado de existir.

Blake, que estaba dormido ya, despertó e incorporándose en el lecho, escuchó atentamente. No volvió a producirse nada anormal y se dijo que debía tratarse de uno de los pajarracos aludidos por Audie, o de otra pesadilla sufrida por Elizabeth.

Tornó a acostarse, con el deseo de que el sueño acudiera enseguida a sus párpados.

Mientras, en el jardín, el fantasma asesino había arrastrado el cuerpo de la víctima bajo los árboles y lo registró afanosamente, quitándole algo de sumo interés que llevaba encima. Surgieron otras sombras, a las cuales el enmascarado ordenó silencio con un ademán. Permanecieron callados muchos minutos. Cuando no les cupo duda de que todo continuaba en calma, trasladaron el cadáver hasta una fosa, abierta con antelación debajo de otro grupo de árboles, y lo cubrieron de tierra, procurando que la superficie de la sepultura recobrase su aspecto primitivo.

Transcurrió algún tiempo.

Blake daba vueltas y más vueltas en la cama. Se había desvelado y estaba poniéndose nervioso.

Acabó por levantarse, abrir el balcón y asomarse al mismo.

Se dispuso a fumar, pero en aquel momento descubrió abajo, a lo lejos, una, figura a la que la distancia y obscuridad no le permitieron reconocer.

Impulsado por la curiosidad, tomó su pistola, cabalgó sobre el alféizar y descendió, encaminándose hacia el lugar donde viera al

sospechoso paseante. Iba muy despacio, sin que sus pisadas pudieran advertirse, pero no descubría al que buscaba. De pronto, al desembocar en el trozo de jardín bien cuidado —la pertenencia de Josephine, según ésta le había dicho— dióse de manos a boca con Earle.

—¡Usted!

Lionel pudo advertir que su interlocutor se había alterado bastante, pero no le concedió importancia. Era lógico que si se creía sólo le hubiera sorprendido el encuentro.

Con disimulo, guardóse la pistola en el bolsillo exterior de la americana. Goodis no demostró haberla visto.

—La noche es bochornosa; no podía dormir y se me ocurrió la idea de respirar, a pleno pulmón, un poco de aire relativamente fresco —adujo Blake, resistiéndose a exponer los verdaderos motivos de su incursión.

—A mí me ha sucedido exactamente igual. Estas noches de El Cairo son terribles. Pasearemos juntos, si no tiene inconveniente.

—Con mucho gusto.

Y así lo hicieron hablando, en plan amistoso.

Al cabo de un rato Goodis dijo:

—Parece que me he refrescado un poco y que resultará posible dormir.

—También yo vuelvo a la cama —decidió Blake.

Entraron juntos, dirigiéndose a sus habitaciones respectivas.

Pasaron dos horas. No tardaría mucho en amanecer.

Blake fue hundiéndose en el dulce sopor que antecede al sueño. De pronto volvió a desvelarse y abrió mucho los ojos en la obscuridad. No, no le cabía duda; alguien manipulaba en el tirador de la puerta del despacho. Su fino oído, al que tanto debía en el ejercicio de su profesión, permitióle darse cuenta de que aquello no era un ruido más de los que solían producirse en la vieja casa.

Introdujo suavemente la mano bajo la almohada hasta apoderarse de la pistola, su buena amiga e inseparable compañera. Enseguida, centímetro a centímetro, se fue incorporando y echóse de la cama sin haber originado el ruido más insignificante. Deslizóse hasta las cortinas que cubrían el balcón y se ocultó tras ellas.

Esperó, aguzados todos los sentidos.

El viento del Kahirah habíase levantado y Blake percibió una ráfaga que le produjo escalofríos. Golpeaba lúgubrementemente la misma ventana de otras noches. Lionel, con esa rápida volubilidad del pensamiento, que hace recordar cosas banales en los instantes de mayor dramatismo, dijo que el día siguiente se ocuparía de localizarla y hacer que la ajustasen bien.

Unos pasos lentos, casi imperceptibles, se acercaban.

Lionel notó que era en la puerta del dormitorio donde ahora maniobraban. Se abrió esta poco a poco. Una figura espectral adentróse. Las sombras imperantes no permitieron al joven ver más que los contornos desdibujados de la misma.

Contuvo la respiración. No quería precipitaciones. Necesitaba convencerse, sin lugar a dudas, de la intención que traía el visitante nocturno.

La fantasmal aparición aproximóse al lecho, pasó la mano sobre el mismo una vez y otra...

No era preciso aguardar más.

—¡No se mueva! —ordenó Blake con acento sordo—. ¡Le acribillaré si me desobedece!

Advirtió, en el colmo de la sorpresa, que el enemigo, como si fuera sordo, continuaba inclinado sobre la cama, tratando de encontrar algo que en la misma no había.

Recordó el joven al criado Audie, y la declaración que le hiciera de no oír bien.

Alzó la voz, repitiendo la orden:

—¡Quieto o disparo!

El resultado fue idéntico; la figura fantasmal continuó la inútil búsqueda entre las sábanas. Blake contuvo su deseo de apretar el gatillo y, sin abandonar la automática, saltó como un tigre. Lejos de encontrar la resistencia prevista, notó que el visitante se desplomaba lanzando un grito sobrecogedor; un grito análogo al que escachase la primera noche de su estancia en la quinta.

—¡Elizabeth! —dijo entre dientes.

Retrocedió ágil e hizo girar la llave de la luz.

Tratábase, en efecto, de la madre de Josephine. Estaba allí, al pie de la cama, desorbitados los negros ojos, oprimiendo en la diestra un puñal, con una expresión de asombro indescriptible que movía a asombro también.

Se contemplaron en silencio.

—Señora Neale... ¿Qué motivos le he dado de aborrecimiento?
¿Por qué me ha querido asesinar?

La interrogada paseó la vista en todas direcciones.

—¿Asesinarle?... ¡Es absurdo!... ¿Qué hago yo aquí?

Dejó caer el puñal. El brillo febril de sus pupilas se trocó en el de las lágrimas.

Blake fue hacia ella, tendidas las manos.

—Permítame que la ayude.

No opuso Elizabeth resistencia, y el joven, levantándola entre sus brazos, la depositó en una butaca próxima.

—Dígame lo que he hecho —imploró ella.

—¿No lo sabe?

—No.

—¿Cuál es el más reciente de sus recuerdos?

—¿El más reciente de mis recuerdos?... —Advertíase que se torturaba pretendiendo rememorar—. No quise sentarme en la mesa, habiendo visita de cumplido... El señor Thorbun me habló... No sé lo que me dijo... Después el señor Goodis... Estuve por ahí... no sé por dónde y me acosté.

Fuera, sonó la voz angustiada de Josephine:

—¡Mamá!... ¡Mamá!... ¿Dónde estás? Estremecióse la perturbada.

Lionel corrió a recibirla.

—Tranquilícese. Se encuentra en mis habitaciones.

Por distintos extremos del pasillo aparecieron Melwyn y Earle, casi al mismo tiempo.

—¿Por qué gritas, Josephine?

—¿Qué sucede?

—No se alarmen —aconsejó Lionel—. La señora Neale está indispuesta y...

La joven sin prestarle atención, había penetrado ya hasta el dormitorio y abrazaba a la enferma la cual miraba a los dos, suplicante, muy apretados los labios, condensada la vida en los ojos.

El puñal, caído sobre la alfombra, atrajo la atención de Josephine, que se apresuró a recogerlo.

—¿Qué significa esto, mamá?

—No lo sé. Yo lo traía en la mano.

Los hombres, al entrar, la sorprendieron empuñando el arma.

—¡Josephine! ¡Muchacha! —exclamó Melwyn.

—¡Es horrible, padrino, horrible! —musitó la joven, yendo a refugiarse en los brazos del que le hablaba.

Blake se impuso:

—Estamos dando a esto una importancia que no tiene. La señora Neale sufrió, sin duda, una pesadilla. Lo mejor será que la traslademos a su cuarto —se volvió a la aludida—. ¿Se encuentra mejor?

—Sí... Estoy bien... Gracias. Ven conmigo, hija.

Se levantó trabajosamente. Josephine, llevándola enlazada por la cintura, la sacó de allí.

—Sobrino —dijo Thorbun—, ¿quieres explicárnoslo todo?

Lo hizo el joven brevemente y el millonario comentó:

—Elizabeth es sonámbula. De todas maneras, nunca resultó peligrosa. Esto cobra caracteres de gravedad. Cabe en lo posible que tus intentos de curarla hayan originado su odio inconsciente.

—Sería preferible —sugirió Earle—, que renunciase usted a dicha tarea.

—Y más acertado aún —dijo el millonario—, que volvieras a tu hotel.

—¿Me echas?

—¿Cómo puedes pensar tal cosa? Lo que ocurre es que se han despertado mis temores. Si Elizabeth te aborrece, como los hechos demuestran, puede reincidir en lo de hoy y consumir su propósito. Podríamos apartarla a ella de aquí, recluirarla; pero la pobre Josephine...

Interrumpióle el muchacho:

—Ni una cosa ni otra. El caso me parece más interesante que en un principio y, si me lo permites, continuaré dedicándole mi atención, no alejándome de la enferma. Adoptaré precauciones. No te preocupes por mí.

—Bueno, bueno... Si tu deseo es ese...

Goodis se abstuvo de opinar.

Poco después, Blake, al quedar solo, se sumió en hondas reflexiones.

Los primeros tintes de la aurora reflejéronse en los cristales del balcón, y renunció a intentar dormir.

Josephine le salió al encuentro, cuando salía a dar un paseo un rato más tarde.

—Lionel...

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra su madre?

—Ahora descansa. No sé cómo expresar a usted mi agradecimiento...

—Yo sé lo diré: la mejor manera de mostrarse agradecida es no hablándome del asunto.

—¿Ha perdonado a la pobre?

—¿Perdonarla, de qué?

—He sabido la verdad. Earle me ha confirmado lo que supuse al descubrir el puñal.

—Earle ha debido ser más discreto. No se preocupe usted. Todo se ha reducido a un acto de sonambulismo.

—Un acto de sonambulismo que ha podido resultarle fatal.

—Pero que no ha tenido consecuencias. Todo pasó. Seguiré ocupándome de la paciente. Quizá me ayude la suerte y la curemos.

—¡Es usted muy bueno, Lionel!...

Se notaba en la joven honda preocupación, ansias de añadir algo. Por fin, decidióse:

—¡Váyase de esta casa!

El muchacho la miró con fijeza. Enseguida sonrió, restando tirantez al asunto:

—¿También usted quiere echarme?

—¿Qué significa eso de «también»?

—Hace unas horas fue su padrino quien me sugirió la misma idea. ¿Es que estorbo?

—¿Estorbar?...

Las pupilas de la mujer expresaron pasión. Acariciándole con la mirada, añadió en susurro:

—Me siento feliz, quizá por primera vez en mi vida, desde que está usted cerca.

—¡Elizabeth!

—No he debido confesarle esto, pero... suelo decir las cosas tal y como se me ocurren.

—¡Bendita cualidad por lo que a este momento se refiere!

—Y... sin embargo... me gustaría que no estuviese aquí. El incidente último me ha puesto los nervios de punta; pero... no se

trata sólo de eso...

—¿De qué, entonces?

—No sabría decírselo. Sólo sé que en ocasiones... todo lo que merodea me inspira terror. Si no fuera porque mi padrino me adora y no se resignaría a mi ausencia, y porque no dispongo de medios para atender a mi madre como necesita, me marcharía con ella... no sé dónde.

—¿Por qué, Josephine, por qué? ¡Hábleme claro!

—Lo estoy haciendo. Nada puedo añadir porque nada más sé.

La animó él, sonriente, optimista:

—Todo eso se reduce a un estado de nervosismo exacerbado. ¿Procure tranquilizarse, distraerse? Trazaremos un plan de diversiones que contribuyan a expansionar su espíritu. Sale usted poco, ¿verdad?

—Casi nunca.

—Pues eso tiene que acabarse. Yo me encargaré de que se distraiga. Y ahora, acuéstese. Lo necesita. Le hará bien.

Le tendió ella las manos. Blake, no conformándose con estrecharlas, se las besó largamente.

CAPÍTULO III

EL SONRIENTE MUSULMÁN

La noticia la trajo Goodis aquella tarde, entre dos luces ya:
—¡Nuestro amigo Rufus ha desaparecido!

Josephine, Melwyn y Lionel le miraron con estupor, denotando en los gestos la creencia de no haber oído bien e incitándole a que continuase las explicaciones.

—En la ciudad no se habla de otra cosa —añadió el que informaba—. Además, la Prensa de la noche lo dice.

Y leyó en voz alta en un periódico que sacó del bolsillo:

«¿RAPTO O FUGA?

»El secretario de la embajada norteamericana en Egipto, señor Colman, ha desaparecido.

»Esta mañana, observándose que dicho señor no acudía a su despacho, y habiendo, asuntos inaplazables que resolver, se preguntó por teléfono a su domicilio particular, donde se contestó que el joven diplomático no había cenado allí, pero que estuvo pasada la media noche, saliendo de nuevo poco rato después.

»A partir de tal momento, nadie ha visto al mencionado señor Colman. La policía trabaja activamente...»

Continuaba el diario haciendo cábalas a su gusto, amén de no pocas recomendaciones sobre la necesidad de resolver el problema que con aquella desaparición podía crearse.

Melwyn exclamó, golpeando la mesa:

—¡Es terrible, caramba! ¡Se impone ahora mismo telefonar a la policía informándola de que el desaparecido cenó anoche con nosotros!

—Buena idea —aceptó Blake—. Iba a sugerirla yo, Audie, sin necesidad de que se le pidiera, acercó a su señor el teléfono portátil, y éste logró rápida comunicación con el jefe superior de Seguridad, quien no tuvo inconveniente en ponerse al aparato, al enterarse de quien le llamaba.

La sorpresa que recibió el alto funcionario, no tuvo límites.

—¡Eso encierra extraordinaria importancia! —exclamó—. Le agradezco mucho la colaboración que significa la rapidez con que me ha informado de la cuestión. Voy a trasladarme personalmente a su domicilio.

—¡Lamentable asunto! —protestó Earle—. Lamentable por todos conceptos. No sólo la pérdida de ese buen amigo, sino las tabarras de la policía...

Interrumpióle Lionel:

—¿Por qué cree usted que le hemos perdido?

—¡Oh, yo no creo nada! Me atengo a lo que acabamos de leer.

—Sí, claro... Bueno... con permiso de ustedes voy a marcharme. Quiero preguntar a unos y a otros, recoger cuántos datos pueda... Confieso que la noticia me ha afectado hondamente.

—De todos modos —aconsejóle Thorbun—, convendrá que demores el comienzo de ese trabajo hasta que recibamos la visita que me acaban de anunciar. Es lógico que el jefe de policía desee interrogarnos a todos los que estábamos aquí anoche a la hora de la cena.

—Tienes razón, tío. Esperaré.

Comenzó a dar paseos. Estaba, realmente, apenado en grado sumo.

Josephine había hundido la barbilla en el pecho y mordíase el labio inferior, tratando de contener los sollozos. Se le acercó Earle, preguntándole quedo:

—¿Muy triste? —asintió ella y añadió el joven—. Me lo figuro. Él la amaba y usted le correspondía, ¿no?

La joven, dominado ya el llanto, envolvió a su interlocutor en la dureza de una mirada.

—¡Eso es cosa mía!

—Y mía también. Sabe cuánto la quiero y de qué modo me interesa todo lo que con usted se relaciona.

Se revolvió Josephine:

—¿Cree que es esta ocasión propicia para repetirme la cantinela de sus amores?

Earle no se descompuso. Por sus finos labios jugueteó cínica sonrisa.

—¿La cantinela de mis amores? Es usted injusta. Le hablo muy pocas veces de ellos... aunque quisiera estar nombrándolos siempre. En cuanto a la ocasión... ¿por qué ha de ser peor que otras? La veo triste por la suerte de un hombre que la cortejaba y nada tiene de particular que al comentarlo...

Interrumpióle la muchacha:

—Me ve usted triste por el temor de que algo malo pueda haberle sucedido a un buen amigo, que no es igual. Y este sentimiento de angustia creo deben compartirlo cuantas personas le trataron.

Se levantó, impidiendo a Goodis que replicase, y fue hacia donde paseaba Lionel, con el que entabló un diálogo emotivo. Earle, observándoles, sufría como si le dieran mordiscos en el pecho.

Llegó por fin el jefe superior de policía, acompañado de dos jefes subalternos suyos, y tras los saludos de rigor, tomó asiento, pidiendo una información detallada de lo acontecido. Le atendieron ampliamente, contestado después a cuantas preguntas quiso formular. Haciendo cálculos casi exactos, se llegó a la evidencia de que fue a raíz de la cena cuando Rufus se trasladó a su domicilio. Por lo tanto, el lugar de la desgracia, si es que ésta se confirmaba, había que buscarlo lejos de la residencia de Thorbun.

Todos coincidieron en que el aspecto de Colman era totalmente normal, sin que en ningún momento se le advirtiese preocupación o disgusto.

Los visitantes se marcharon habiendo adelantado muy poco, a pesar de la importancia que el jefe superior diera en principio a lo que Melwyn le comunicase por teléfono.

Blake, cumplido el requisito que su tío le había sugerido, en relación con la conveniencia de hallarse presente cuando llegaran los representantes de la ley, pidió, por el teléfono interior, al garaje anexo, que le llevaran a la puerta principal el coche que se le

brindara en repetidas ocasiones y partió hacia el centro, conduciéndolo personalmente.

Se detuvo ante la embajada norteamericana, y haciéndose anunciar al embajador. Confiaba en que éste estuviera ya enterado por Colman de quién era él. De todos modos, como no había tenido ocasión de comprobarlo, escribió unas líneas en la tarjeta haciendo constar la urgencia de la visita.

Fue recibido a solas a los pocos minutos. Efectivamente, era conocida su personalidad. El embajador se le mostró amable en extremo y apenas hubieron entablado el diálogo, le reveló algo sensacional:

—No se trata sólo del señor Colman, cosa que por sí sola es ya sumamente grave, sino de que juntamente con él han desaparecido documentos de suma importancia relacionados con el conflicto anglo-egipcio.

El gesto de Blake expresó enorme sorpresa.

—¿Admite usted la idea de que el propio Colman se los haya llevado?

—Me resisto a aceptarla. Nuestro común amigo fue siempre persona dignísima. Sin embargo... los referidos documentos hallábanse bajo su custodia...

—Me inclino a creer —atajóle el joven—, que los ha robado la misma persona que le secuestró... o asesinó quizá.

—Sí, es posible...

—Convendría me diese usted unos renglones de recomendación para el jefe superior de Seguridad. Me propongo intervenir en el asunto, e ignoro si en algún momento dado precisaré ayuda. No haga constar, naturalmente, mi calidad de agente secreto.

—Lo haré con gusto, pero ya sabe que la policía gusta poco de auxiliares honorarios cuyo concurso no solicita.

—Presénteme simplemente como un amigo suyo. Mi calidad de novelista justifica la curiosidad que pueda sentir.

Fue complacido, y desde allí, el joven trasladóse a la Jefatura de Seguridad, donde hizo entrega de la misiva que el embajador le diera. El destinatario de la misma era aficionado a la literatura. Había leído algunas obras de Blake, estimó un honor conocerle, y se le ofreció sin condiciones.

—El caso es —declaró—, que cuando hace unas horas visité la

casa de su tío y me fue usted presentado, estuve a punto de preguntarle si tenía algún parentesco con el Blake escritor que yo conocía de nombre. Considero esto una feliz casualidad.

Correspondió Lionel a las amables frases que se le dirigían y abordó el tema que le interesaba:

—Ya sabe usted, pues se lo dije en casa del señor Thorbun, que Rufus Colman era íntimo amigo mío, Esto, unido al afán que todo escritor siente de escudriñar las cosas que le rodean, me impulsó a seguir todo lo de cerca que se me permita las investigaciones en tal sentido.

—E incluso a intervenir en las mismas, ¿verdad? —preguntó, sonriendo su interlocutor.

—Pues... si las circunstancias me favorecieran...

—Entendido. Por mi parte, no encontrará usted obstáculos, sino facilidades, siempre a base, naturalmente, de que su actuación no obstaculice la de mis subordinados.

—Gracias, señor. Y ahora... ¿quiere decirme si se ha adelantado algo en la investigación?

Accedió el jefe. Blake supo que el coche de Colman había sido encontrado en las afueras de la ciudad, en la parte opuesta al domicilio de Melwyn, y que ni siquiera en el volante fueron encontradas huellas digitales.

—Posiblemente —subrayó el informador—, la persona que nos ocupa... o la que condujera el automóvil, llevaba los guantes puestos y no se los quitó una sola vez, cosa relativamente extraña por cuanto el calor que padecemos hace que apenas se use esa prenda.

Recordó el muchacho que, efectivamente, Rufus se había presentado en la quinta de Thorbun con las manos desnudas, pero no dijo nada acerca de aquel detalle.

Mostró deseo de examinar el vehículo y su interlocutor, sonriendo condescendiente, le dijo dónde podría encontrarlo, dando una orden por teléfono a fin de que se le permitiese verlo.

—Gracias —dijo Lionel, mostrándose en verdad agradecido—. Y ahora... quisiera hacerle otras preguntas. Perdóneme usted, se lo suplico. Es el novelista, aficionado a las cosas misteriosas, quien habla por mí.

—Diga lo que sea.

—Supongo que se habrá hecho una inspección a fondo en el domicilio de mi amigo.

—Naturalmente. Eso es elemental.

—Y... ¿no se ha encontrado nada que arroje alguna luz?

—Nada. Todo estaba en perfecto orden.

—¿Podría visitar yo esas habitaciones? Pretendo solo estar unos minutos en ellas. Creo influirá en mi ánimo, a los efectos de lo que escriba, encontrarme a solas donde la presunta víctima vivió.

—Comprendo, comprendo... y me parece bien. Si todos los literatos procuraran ambientarse bien antes de emborronar cuartillas, no verían la luz tantas obras carentes de realismo. Puede ir a esa casa e incluso dar mi nombre si le pusiesen obstáculos. El juzgado no estimó preciso sellar las habitaciones del señor Colman, por cuanto el crimen, si se ha cometido, no tuvo lugar allí. La policía lo ha inventariado todo, además. Vaya y satúrese cuánto desee.

Se despidieron afectuosos.

Blake acudió al garaje de la Jefatura, donde provisionalmente, se guardaba el coche de Rufus. Lo examinó con minuciosidad bajo la mirada burlona del agente que le acompañaba.

—Bueno —dijo el joven, pidiendo disculpas con una sonrisa—. Ya he satisfecho este inocente capricho.

Dirigióse al domicilio de su amigo. Salió a abrirle una respetable señora, inquilina efectiva del inmueble, quien tenía alquiladas casi todas las habitaciones a Colman.

Expuso el muchacho su deseo, citando el nombre de quien le recomendaba, así como su calidad de sobrino de Melwyn Thorbun, y fue autorizado a visitarlo todo.

—Lamento molestarla...

—No se preocupe. ¡He recibido ya tantas visitas en pocas horas relacionadas con esta desgracia!

Le acompañó, mostrando discreta indiferencia, pero sin decidirse a dejarle solo.

Lionel, con lentitud, fue recorriendo los cuartos, abarcando con la vista cuánto contenían.

En el despacho, a pocos metros de la chimenea, debajo de un sillón, descubrió un minúsculo trozo de papel chamuscado. Pidió permiso con un ademán, y apresuróse a recogerlo. Contenía un

trozo de palabra escrito a máquina: «ena».

—¡Nada! —dijo a la señora, en tono de disculpa.

Pero concentró su atención en dicha chimenea, diciéndose que aquel fragmento debía haber volado de la misma. Rebuscó entre las cenizas, hallando otros dos trocitos no consumidos por las llamas. En uno de ellos podía leerse «che». En otro, «hine». Estaban escritos con el mismo tipo de máquina que el anterior.

Blake hizo como si los tirase entre las cenizas, pero los conservó entre los dedos.

No encontrando nada más que llamase su atención, despidióse respetuoso.

Daba vueltas en su cerebro al significado que pudieran tener aquellas letras. Desechando complementos y buscando otros, llegó a aceptar: «ena», «cena»; «che», «noche»; «hine», «Josephine».

«Cena», «noche», «Josephine».

Aquello, de encontrarse en lo cierto, estaba relacionado con la invitación hecha a Rufus. Quizá, se trató de una carta de Melwyn, pidiéndole que fuese a cenar.

Era ya de noche cuando regresó al domicilio de éste. Josephine le salió al encuentro. Su rostro expresaba inquietud.

—¿Algo nuevo?

—Nada que merezca la pena.

—Tenga cuidado, mucho cuidado.

—¿Qué quiere decir?

—Lo ignoro yo misma. Es... como un presentimiento que me advierte de que corre usted peligro.

Cuando regresaron Melwyn y Earle, mostráronse bromistas. El primero dijo:

—He llamado por teléfono al Jefe Superior de Seguridad, con la esperanza de que pudiera comunicarme algún adelanto en las gestiones, y me ha informado de tu visita. ¿Es que piensas ocuparte a fondo del problema?

—¿A fondo? No. ¡Qué entiendo yo de cosas policiales! Lo que pasa es que me gustaría contribuir al esclarecimiento del misterio.

Thorburn le palmeó, cariñoso, el hombro:

—No te metas en libros de caballerías, muchacho. Deje que cada cual se ocupe de lo suyo, y tú, por ende, conságrate a tu novela.

—Déjele que cultive esas aficiones, si es que las siente —

aconsejó Goodis, irónico—. A lo mejor, gracias a él se descifra el enigma.

—Posible —repuso Blake—, a pesar de mi afecto por Rufus, no se me habría ocurrido sentirme «detective» de no haber concurrido la circunstancia de que su desaparición tuviera lugar a raíz de haber cenado con nosotros. Fue una lamentable casualidad. ¿A quién se le ocurrió invitarle?

—Se invitó él mismo —repuso Melwyn—. Me llamó por teléfono para hablarme de ti y acabó diciendo que vendría. No era la primera vez que lo hacía, cosa que me parece natural, dada la confianza que existía entre nosotros.

Lionel analizó lo que acababa de oír. Según ello, las letras contenidas en las partículas de papel halladas no tenían la significación que él le diera.

A la mañana siguiente, se deslizó sin que le viera nadie, en el despacho de su tío. Puso un papel en la máquina y escribió «ena», «che», «hine». El tipo de letra no correspondía al que se empleara en los trocitos de papel guardados en su bolsillo.

Salió de la habitación adoptando las mismas precauciones que empleara para entrar, pero apenas la había cerrado, vio aparecer a Audie en el otro extremo del pasillo. El pálido sirviente le saludó con una reverencia y siguió adelante sin hacer ningún gesto que denotase extrañeza.

Blake no quiso llevarse el coche de su tío, prefiriendo utilizar los servicios de un «arbadjis» más tarde.

Llevaba recorridos pocos metros cuando tuvo la sensación de que alguien le seguía. Miró atrás con disimulo. Por la acera de enfrente, en su misma dirección, marchaba un musulmán hercúleo, de ojos brillantes, cuyos labios estaban distendidos en tenue sonrisa.

De no haber tenido lugar la aventura con «Perla de Oriente», el joven no se hubiera fijado en aquel hombre, pero a partir de la misma, siempre que veía un turbante poníase en guardia.

Acortó el paso, y el musulmán, con aire distraído, hizo lo propio. Lo aceleró después y éste, mostrando indiferencia, conservó la lentitud, más a los pocos minutos había recobrado el terreno que perdiera.

Detuvo Lionel un carricoche, y subiendo al mismo, dio al conductor una dirección.

El sonriente musulmán apresuró el ritmo de sus pasos, no tardaron en hacer señas a otro «arbadjis» a quien dijo unas palabras en apagado tono. Medio minuto después, el segundo vehículo iba tras el primero, procurando el que lo guiaba no perderlo de vista.

Cuando llegaron al centro, Lionel despidió el carricoche y buscó a su seguidor con la mirada. No pudo descubrirlo y admitió la creencia de que sus sospechas careciesen de fundamento.

Visitó al Jefe Superior de Seguridad, realizando un cambio de impresiones. Trasladóse después al sitio en que fuera hallado el «auto» de Colman e hizo una inspección ocular sin resultado alguno. Desde allí, calculando que ya era la hora en que tanto Thorbun como Goodis se habrían trasladado al restaurante donde solían comer cuando no lo hacían en casa, fue a los despachos oficiales de los mismos.

El conserje, que ya le conocía, le comunicó que, efectivamente, aquéllos habían salido.

—Voy a entrar. Tengo que escribir una carta urgente.

—Bien, señor.

El empleado le abrió la puerta.

Los despachos se comunicaban.

Blake solo ya, repasó las distintas máquinas de escribir. El teclado de una de ellas correspondía exactamente al de la que sirvió para la nota o carta que las llamas consumieron casi totalmente en la chimenea de Rufus.

El inspector del F.B.I., estuvo un buen rato haciendo comparaciones. No había duda posible: la misiva hízose con una máquina de aquel tipo. El descubrimiento no tenía mucha importancia, en principio. ¡Había tantas iguales!

A simple vista, resultaba totalmente imposible afirmar que se tratase de la misma, pero muy pronto, por vía aérea, saldrían los trocitos encontrados en casa de Rufus y la muestra acabada de obtener hacia los laboratorios del F.B.I., en Washington, donde probablemente, a pesar de las pocas letras, dictaminarían con seguridad.

Blake se despidió del conserje, advirtiéndole:

—Cuando venga mi tío, dígle la libertad que me he tomado.

Apenas estuvo en la calle, el inspector creyó descubrir al musulmán de la sonrisa. No pudo obtener la confirmación porque el

gentío era numeroso.

Después de comer en un restaurante, trasladóse más tarde a la embajada de su país e hizo entrega al embajador del sobre conteniendo el resultado de sus investigaciones, a fin de que el envío se incluyese en la valija diplomática.

Visitó continuación, por segunda vez, el domicilio de Colman, cuya inquilina, enterada de la amistad de ambos, la informó de sus costumbres y relaciones.

Al regresar, se detuvo buscando con la vista un coche y divisó al musulmán de marras, quien apresuróse a desaparecer por una callejuela estrecha. Resueltamente fue en su busca, encontrándole quieto, a la vuelta de la esquina.

Se le encaró, duro, llevando la diestra en el bolsillo de la americana donde guardaba su automática.

—¿Qué quieres? ¿Por qué me sigues?



—¿Por qué me sigues?

— FANTASMA

El interrogado hizo un gesto de extrañeza y se encogió de hombros sin responder.

—¿Es que no me has oído? ¡Contéstame en el acto!

Nuevo ademán de incomprensión por parte del musulmán, cuyos labios parecían más sonrientes aun.

Blake, colérico, le cogió de un brazo:

—¡Si no hablas, te llevo detenido! ¡Puedo hacerlo!

Sin dejar de sonreír, el extraño seguidor soltóse violentamente y emprendió veloz carrera, perdiéndose en el laberinto de calles próximas.

CAPÍTULO IV

UNA REPRESENTACIÓN ACCIDENTADA

Josephine mostrábase animada como pocas veces, mientras se daba los últimos toques ante el espejo.

Iba a ir al «Teatro Principal», del que Melwyn y Earle —que tenían negocios diversos—, eran empresarios además de dueños, donde debutaría una «Compañía de Comedias de Gran Espectáculo».

Lo menos importante para la joven, era lo que pudiese ver. El único atractivo estribaba en que Blake iría con ella. De hora en hora, sentíase más subyugada por el muchacho. Algo parecido le ocurría a éste. Por encima de todos los deseos y reflexiones, alzábase el amor, nunca sentido hasta entonces, que la ahijada de Thorbun despertara en su pecho.

Aguardaba en el piso de abajo, juntamente con Melwyn y Earle, los cuales, naturalmente, les acompañarían.

El coche aguardaba ya a la puerta cuando salieron. Una vez acomodados, dijo Thorbun:

—Has de repetir estas salidas con frecuencia, queridita. Lionel me ha hecho ver la conveniencia de que te distraigas mucho y no podemos desdeñar sus autorizadas opiniones. Esperemos que esta noche lo pases bien y ello te sirva de estímulo para lo sucesivo.

—Desde luego —intervino Earle—, el espectáculo que vamos a presenciar es un poco impresionante, y conviene tener los nervios bien templados.

El coche se detuvo ante las grandes puertas del coliseo, donde artísticos letreros luminosos anunciaban la presentación de la compañía y el título de la obra.

Josephine y Lionel —una vez dentro—, tomaron asiento junto al palco platea reservado. Earle se apresuró a hacerlo al otro lado de

la joven, provocando un incontenible mohín de disgusto en ésta. A Blake tampoco le hizo gracia, más lo disimuló con una sonrisa que no tenía nada de cordial. Thorbun acomodóse en uno de los sillones altos que había en segundo término.

Por fin, apagáronse las luces de la sala y se encendió la batería. El telón fue alzándose con lentitud majestuosa.

A los pocos minutos de comenzada la representación, hizo su entrada en escena la primera actriz.

Simultáneamente, se achicaron las pupilas de Goodis y de Blake, que apenas se ocupaban personalmente de aquel negocio. Ninguno de los dos pudo evitar el gesto de sorpresa que les produjo la aparición de aquella mujer. Tanto uno como otro concedieron entonces importancia al programa con la «lista de la compañía» que él acomodador les entregase, y al cual, hasta entonces, no habían dirigido una mirada siquiera. «Dorothy Cadwell» era el nombre con que figuraba allí la primera actriz en cuestión.

Domináronse pronto los dos hombres, si bien en el semblante de Goodis se mantuvo algún tiempo reflejado el nervosismo que acababa de estremecerle.

La comedia iba desarrollándose con el beneplácito del público. Tratábase de un tema pasional con ribete policíacos y de espionaje. El diálogo resultaba fluido, ameno, y el interés aumentaba gradualmente.

Concluido el primer acto, sonaron aplausos calurosos, que los intérpretes agradecieron inclinándose una y otra vez. Al levantar la vista en una de tales inclinaciones, Dorothy miró hacia el palco de la empresa y palideció bajo el maquillaje.

—¿Qué os parece? —preguntó Melwyn a los jóvenes.

—Interesantísima —declaró Josephine.

—Sin duda es una entretenida comedia —repuso Lionel—, pero... no acabo de encontrar el calificativo de «impresionable» que le aplicaste.

—Bien... Aun es pronto.

Y, sonriendo, abandonó el palco para fumar un cigarrillo. Goodis le imitó un minuto después. Los jóvenes quedaron solos, expresando con un suspiro la satisfacción que el hecho les produjo.

El entreacto, aunque no fue corto, transcurrió para ellos sin sentir.

Thorbun regresó en el momento en que el telón comenzaba a levantarse. Goodis lo hizo pocos minutos después.

En el escenario se reanudó la sesión, seguida por el auditorio con interés sumo.

Inopinadamente, desde uno de los palcos vacíos, brotó un disparo. Dorothy, llevándose ambas manos al pecho, abrió desmesuradamente ojos y boca y cayó sin proferir un grito. En el local prodújose fuerte clamoreo. Bajó el telón. Dominando los murmullos, alzóse una voz potente:



...el árabe se llevó ambas manos al pecho y...

7— FANTASMA

—¡Soy comisario de policía! ¡Que nadie intente salir! —Y el que hablaba, añadió, dirigiéndose a varios hombres que se agruparon en su torno—: ¡Vigilen todas las puertas!

Lionel se había incorporado e hizo ademán de abandonar la platea. Melwyn le sujetó.

—¡No te precipites!

—Ya ha oído usted lo dicho por el comisario —añadió Goodis. Y lo sorprendente era que ambos socios sonreían.

Un actor hizo su entrada por uno de los laterales, diciendo:

—Respetable público, la señorita Cadwell se encuentra grave, por cuyo motivo queda suspendida la representación.

—¡Suéltame! —pidió Blake a su tío.

—Cálmate, muchacho. No creí que ibas a excitarte de ese modo. Me obligas a descubrirte el truco antes de tiempo. Todo esto forma parte de la obra. El disparo ha sido hecho sin bala. El comisario y los agentes son actores. La comedia sigue ahora en el patio de butacas con motivo de la búsqueda del asesino y sus cómplices. El público toma así parte en la representación.

Josephine, que había quedado sin habla, lanzó un suspiro de alivio.

—¡Verdaderamente —exclamó—, esto es demasiado!

Blake distó mucho de juzgarse convencido. Por muy buena actriz que fuera Dorothy, su gesto al recibir el tiro no dejaba lugar a dudas, sobre todo para una persona de la experiencia de aquél.

—¡Aunque así sea —replicó—, quiero convencerme!

Y soltándose casi violentamente, abandonó el palco. Los espectadores hacían comentarios sin cuento. Los «policías», interpretando fielmente sus papeles, daban gran verismo a la situación, pero el actor que había salido a anunciar el estado de Dorothy, sin hacer mutis, repetía gestos y ademanes para lograr que siguieran escuchándole. Apenas se hubo hecho un silencio relativo, exclamó:

—¡No se trata de seguir la comedia! La señorita Cadwell está herida. Una mano criminal cargó con bala la pistola que sólo pólvora debía tener. Si hay algún médico en el local, que suba inmediatamente, por favor.

El público no podía entender el significado de tales palabras, pero los actores que representaban al comisario y a los agentes, vivamente sorprendidos, corrieron hacia el escenario. Dos médicos que presenciaban el espectáculo, acudieron también.

Entre tanto, Blake había llegado a la puerta del escenario donde un policía quiso impedirle la entrada. Identificóse él como sobrino de Thorbun y amigo del Jefe Superior de Seguridad, consiguiendo

que se le permitiese realizar su propósito.

Todos los elementos de la compañía agrupábanse junto al camarín donde se encontraba Dorothy, atendida por algunas compañeras.

—¡Ábranme paso! —exigió el joven.

Su tono conminatorio surtió efecto. Aunque no le conocía nadie, le dejaron el camino libre.

La actriz hallábase desvanecida. La sangre empapaba sus ropas. Una de las mujeres que le prestaban auxilio le había taponado la herida.

—¡Dorothy! —exclamó Blake, inclinándose sobre ella.

La joven se estremeció, sin desentornar los párpados.

Entraron los doctores y el más viejo tomó la iniciativa, siendo ayudado por su colega. Ordenaron, que se telefonease al hospital pidiendo una ambulancia, y, tras rogar a cuántos rodeaban a la artista que saliesen, practicaron la procedente cura.

Blake, como los demás, quedó junto a la puerta. Vio venir a Earle, a quien se le notaba la alteración que le dominaba, y le hizo una seña.

—¿Cómo se encuentra?

—No lo sé. Está desvanecida. Hay dos médicos atendiéndola.

—¡Es terrible! ¡En qué mala hora se nos ocurrió aceptar esta comedia! ¡Los autores, en su empeño de ser originales, escriben cada cosa!

—Usted, sin embargo, se mostraba entusiasmado cuando veníamos.

—Sí, claro. ¡Quién iba a suponer...!

—Nadie. Tiene razón. ¿Y Josephine?

—Muy afectada. La hemos trasladado al despachito que hay junto a la contaduría. El señor Thorbun quedó con ella.

Llegó Meggs, el gerente de la empresa, anunciando:

—¡Ya están ahí el comisario del distrito y no sé cuántos policías! ¡Vamos a lucirnos!

En un rincón del escenario, el actor que disparara sobre la protagonista, dirigíase tembloroso, a cuántos querían oírle:

—¿Cómo iba yo a suponer que la pistola estuviese cargada? ¡Cientos y cientos de representaciones hemos dado de esta obra en muchos sitios sin que se produjese incidente alguno!

Cerca de aquel pobre hombre, el regidor de escena repetía sin cansarse:

—Yo cargué la pistola con pólvora, igual que siempre. El criminal, sea quien sea, ha pretendido que me echen la culpa. ¡Y soy inocente! ¡Soy inocente! ¡Lo juro!

Irrumpieron el comisario y sus subordinados. Como primera medida, hicieron comparecer a los que, en apariencia al menos, podían ser culpables del drama. Repitieron estos sus manifestaciones. El regidor indicó el sitio donde dejara el arma, luego de preparada, hasta el momento en que hubiera de servir.

Asaeteados a preguntas unos y otros, se llegó a la conclusión de que nadie extraño a la empresa o a la compañía había sido visto por allí en toda la noche.

—Quedan detenidos provisionalmente —decidió el comisario dirigiéndose a los dos hombres acusados por las circunstancias.

Éstos aceptaron la resolución con fatalistas ademanes.

El comisario pasó luego al camarín de Dorothy. Blake le siguió, esforzándose en pasar inadvertido. A pesar de ello, hubo de apelar nuevamente a su parentesco con Thorburn para que le permitiesen la entrada.

Oyó a los médicos decir que la herida, salvo complicaciones, no era muy grave. Al volverse, advirtió que Earle estaba en la puerta.

Dorothy encontrábase aun sin conocimiento.

Alguien anunció desde fuera:

—¡La ambulancia!

Inmediatamente, la actriz fue llevada a la misma.

Lionel tornó a mezclarse con los que había en el escenario, y de modo discreto, fue preguntando a unos y a otros por las personas de la empresa que habían estado allí durante la noche. Eran éstas, el gerente, Goodis, tramoyistas, electricistas...

Al terminar uno de sus habilidosos interrogatorios, notó, que Earle hallábase tras él, pendiente de lo que se decía, y le sonrió mostrándose confuso.

—No lo puedo remediar —díjole a manera de excusa—. Me atraen estos problemas. Acabaré ingresando en la policía.

—Me lo explico —respondió Earle—. Las cosas de esta índole apasionan. ¡Yo mismo, a pesar de mis ocupaciones, me siento intrigado y con ganas de tomar parte activa en todo! Menos mal que

se me pasará pronto.

Blake y Goodis abandonaron el escenario, saliendo por la puerta que comunicaba éste con el patio de butacas.

El público había sido autorizado para marcharse y el teatro presentaba un aspecto desolador. ¡Parecía como si la tragedia continuara aleteando en el ambiente!

—¿Averiguó usted algo de interés? —preguntó Earle al joven, mientras se dirigían a dónde esperaban Josephine y Melwyn.

Dióse cuenta el interrogado de la ansiedad que había en el fondo de la pregunta, aunque el que la hiciera esforzábale en aparecer tranquilo, y contestó ingenuo:

—¡Nada! ¿No ve que no le dejan a uno desenvolverse? ¡Ni siquiera he podido examinar la pistola! Claro que me hubiera servido de poco. Seguramente el criminal usó guantes cuando metió la bala en ella. ¡Esto de ser detective «*amateur*», tiene muchos inconvenientes!

Llegaron al despachito cercano a «contaduría». Josephine se había repuesto ya de la impresión, y Melwyn, nervioso, paseaba y mordía un grueso cigarro.

—¿Qué? —interrogaron, a la par, ahijada y padrino.

Les explicaron lo que sabían.

La muchacha exclamó, con cierto alivio:

—¡Menos mal si la herida no es grave! ¡Pobre mujer! ¡Es tan hermosa y tan buena artista!

—¡Cerraremos y venderemos el teatro! —dijo, colérico, Thorbun—. ¿Quién nos manda a nosotros meternos en estas cosas?

—Vamos, vamos, no se sulfure —calmó Blake—. Es mejor que nos marchemos.

Al salir, Josephine subió primero al coche. Tras ella, rápidamente, lo hizo Goodis, acomodándose a su lado. Blake distendió los labios en una mueca que quiso ser sonrisa. Siguió Melwyn. En el preciso instante en que el joven, resignado a ser el último, cerró tras sí la portezuela, vio cruzar y adelantarse otro automóvil guiado por «el sonriente musulmán».

Experimentó Blake el vivo deseo de pedir que se emprendiese la persecución de aquel vehículo, pero lo refrenó enseguida. No era lógico someter a Josephine a nuevas emociones aquella noche. Además... ¿qué explicación lógica podía dar a sus acompañantes?

Se hundió en el asiento, apretó los labios y dejó a su imaginación vagar a capricho.

CAPÍTULO V

LUCHA EN LAS TINIEBLAS

Melwyn, doctoral, aconsejó:

—Permite, sobrino, que insista en mis recomendaciones de abandonar los ensayos detectivescos. Deja a la policía que haga cuanto esté a su alcance y no te metas en su campo. A lo peor los enemigos te toman como diana de sus iras y ponen fin a tus andanzas de un balazo.

Estaban de sobremesa. Josephine miraba anhelante a unos y a otros. Goodis jugueteaba con un cuchillo de postre. Elizabeth, como de ordinario, parecía ausente. Blake sonreía cual si pidiera disculpas.

—Tienes razón, tío —murmuró éste—. Reconozco que lo más acertado, es consagrarme a mis actividades. ¡En medio de todo, para lo que consigo en las demás cosas! El misterio de la desaparición de Rufus sigue en pie. El misterio del teatro continúa lo mismo, a pesar de haber transcurrido ya cuarenta y ocho horas. ¡Nadie sabe nada! ¡Nadie! ¡Nadie!

Dejó caer los brazos con desaliento.

Una carcajada inarmónica, en la que parecía vibrar la burla, se elevó en los aires. Todas las miradas dirigiéronse hacia Elizabeth, que la había lanzado. Ésta, en cuyos ojos brilló un atisbo de luz nueva, quedó sería súbitamente, soportó impertérrita la escrutación de unos y otros y soltó otra risotada llena de estridencias.

—¿Qué te ocurre, mamá? —quiso saber Josephine, tomándole una mano.

El ama de llaves parpadeó mucho como si tratara de comprender la realidad, denegó lentamente con la cabeza y se levantó, alejándose sin responder.

—¡Pobre mamá! —suspiró la muchacha—. ¡Está peor cada día!

—No lo creo yo —refutó Lionel—. Aunque no pueda ufanarme de mi éxito como psiquiatra, noto que he adelantado un poco. La señora Neale mejora.

Se expresó con tanta seguridad que ni el propio Thorbun se decidió a emplear ninguna, de las bromas de las que era tan partidario cuando se refería a las polifacéticas aptitudes del joven.

—¡Que continúe aliviándose! —exclamó.

Josephine envolvió a Blake en la amorosa luz de sus pupilas.

—¡Si Dios quisiera! —dijo con acento de esperanza y súplica.

Lionel se retiró temprano so pretexto de escribir. Dejose caer en una butaca y quedó pensativo largo tiempo. Sus fracasos como «detective *amateur*» no existían más que en las palabras que a tal efecto pronunciara. Ataba cabos, muchos cabos, e iba, poco a poco, abriéndose paso entre el cúmulo de sombras que se alzaba a su alrededor.

El pequeño incidente surgido durante la cena le daba mucho que pensar. Cabía en lo posible que las risotadas de Elizabeth obedecieron a las perspectivas de su mundo interior. Pero... había sido mucha casualidad que se produjesen al pronunciar él las frases: «¡Nadie sabe nada! ¡Nadie! ¡Nadie!».

Venía estudiando a la madre de Josephine más a fondo de cuánto pudieran sospechar, no sólo como psiquiatra, sino en todos los aspectos, y estaba seguro de que en torno a ella existía algo raro, extraordinariamente raro, que había escapado hasta entonces a sus investigaciones.

Se acodó en el balcón. Y al cabo de mucho rato, descubrió una figura que avanzaba lentamente por las descuidadas avenidas. Tardó poco en reconocerla. Tratábase de Elizabeth, quien acabó sentándose en uno de los bancos. Un rayo de luna proyectó luces verdes sobre su rostro, dándole apariencia espectral.

Otra persona, que rimaba bien con el ambiente, surgió a pocos pasos de la perturbada: Audie.

El seco criado se detuvo breves momentos ante el ama de llaves y siguió su camino con aquellos pasos suyos, mecánicos, impresionantes.

Lionel consideró propicia la ocasión para una prueba en la que había pensado repetidas veces: verificar un registro en las

habitaciones de Elizabeth. Tenía la corazonada de que entre las pertenencias de esta existiría algo que podía librar de abrojos su labor investigadora.

Abrió sigiloso la puerta que daba sobre el pasillo. Nadie en los alrededores. La luz opaca de una bujía colgada del techo, lo empapaba todo de mortecina tristeza. Avanzó pisando suavemente hacia los peldaños que deberían conducirlo al piso superior.

Aunque había mirado en todas direcciones, no llegó a descubrir unas pupilas fosforescentes que espiaban sus movimientos.

Se detuvo al fin el joven ante la puerta que le interesaba y manipuló en el tirador de la misma. Estaba echada la llave. Aquello no le significó contrariedad apenas. Un bien provisto juego de pequeñas ganzúas salió a relucir. La entrada quedó, libre en contados segundos.

Blake traspasó el umbral y cerró tras sí. Él sabía, por haber estado allí repetidas veces, con motivo del tratamiento a que tenía sometida a la enferma, la distribución exacta de aquellas habitaciones y hubiera podido desenvolverse a oscuras, pero no lo consideró necesario, puesto que las cortinas que separaban las dependencias entre sí, además de las puertas, impedían que desde el exterior se apreciase la luz.

Hizo, pues, girar el interruptor del dormitorio, dejando en sombras la salita contigua.

Dirigióse, en primer lugar, a un pequeño buró que Elizabeth tenía en gran estima, hasta el punto de haber hecho que se lo colocasen junto a la cabecera de la cama, y utilizando otra de las pequeñas ganzúas, lo abrió con prontitud y limpieza.

Registró minucioso, hábil y ligero. Allí no había nada que pudiese despertar su interés. Fotografías de la interesada cuando era joven. De su marido. De Josephine en todas las edades, rizos de pelo, cintas... Una colección, en fin, de detalles emotivos, que sólo conservaban importancia para la persona que los guardaba como preciado tesoro.

Blake interrumpió la tarea. Acababa de captar el apagado ruido de una puerta que se abría con lentitud. Tratábase, sin duda, de la que comunicaba la salita adyacente.

Díjose el muchacho que no debía ser Elizabeth, pues ésta no hubiera adoptado precauciones, y en cambio la persona que llegaba

hacía derroche de las mismas.

Retiróse del buró con el fin de resguardarse contra la pared. En aquel instante, una mano enguantada, apareciendo entre las cortinas, apagó la luz.

Lionel, instintivamente, se echó al suelo en la fracción de segundo que un cuchillo rasgaba el aire y le pasaba silbando sobre la cabeza.

Gritó ahogadamente, cual si hubiera sido alcanzado, y cambió de sitio sin producir ningún ruido.

Transcurrieron momentos interminables.

El joven estaba quieto, escrutando la obscuridad, pendiente de que su enemigo se delatase de algún modo, más éste parecía haberse evaporado.

Ni siquiera percibíanse las respiraciones.

Blake, sin embargo, estaba seguro de que el que había querido asesinarle permanecía allí, a pocos pasos de él, buscando la oportunidad de repetir el intento, pues no había caído en el engaño de considerar agónico el grito que oyera.

La situación resultaba angustiosa.

Las pupilas de Lionel, habituadas ya a la obscuridad, descubrieron hacia el fondo un bulto que se confundía con las sombras. Quizá él había sido también localizado o lo sería, de un momento a otro. Renunció al primer impulso de utilizar la pistola. Podría tratarse de una persona a la que no le interesase dar muerte. Por otra parte, perjudicaría mucho a sus fines un drama definitivo en aquella quinta. No había tiempo que perder. Dio un salto prodigioso. Sus brazos rozaron un cuerpo, si bien no pudieron hacer presa en él. Fue golpeado. Encajó los porrazos sin dificultad y volvió a la carga. Tuvo más suerte. Sus manos cayeron sobre los hombros enemigos y deslizáronse veloces hacia arriba tratando de alcanzar el cuello. El otro, realizando un esfuerzo de titán, consiguió zafarse y coger la garganta de su antagonista, quien pudo asestar un certero puñetazo al que le ahogaba.

Fueron otra vez uno hacia otro, y perdiendo el equilibrio por haber tropezado con muebles, rodaron sobre la alfombra donde la lucha se hizo más encarnizada.

Repentinamente, brotó la luz.

Los contendientes se miraron denotando asombro:

—¡Blake!

—¡Goodis!

Eran ellos, efectivamente, quienes habíais estado a punto de estrangularse.

Se soltaron, mostrándose atónitos.

Junto a la puerta, todavía con la mano sobre el interruptor, hallábase Josephine, lívido el semblante, tembloroso todo el cuerpo.

Transcurrieron instantes de silencio absoluto. Parecía como si el desconcierto hubiera inmovilizado las lenguas.

Fue la muchacha quien habló primero, aunque con gran trabajo:

—¿Qué significa esto?

—Una lamentable confusión, por lo visto —repuso Earle, respirando fatigoso—. Pasaba cerca y oí ruido dentro. Tu madre está en el jardín. No podía ser ella. Temiendo se tratase de un ladrón, penetré sigiloso. Fui agredido y luchamos.

Clavó las pupilas en Lionel, invitándole a hablar:

—La cosa ha podido resultar funesta —dijo éste, con sencillez—. Siguiendo mi plan curativo con la señora Neale, me propuse esta noche proporcionarle una sorpresa, en cuyos resultados tengo alguna confianza y entré aquí con tal propósito. De pronto, se apagó la luz...

—¿Se apagó la luz? —interrumpióle Goodis.

—¿Le sorprende?

—Mucho. Cuando yo entré, todo estaba a oscuras. Me disponía, precisamente, a encender de pronto cuando usted se arrojó sobre mí.

—¡Curiosa aventura! Vean ese cuchillo.

Y señaló la acerada hoja clavada en un mueble.

Tanto Josephine como Earle lanzaron exclamaciones de estupefacción.

—Explíquese —pidió ella.

—Sólo puedo decir que en el momento de dejarme a oscuras pasó ese juguete zumbando sobre mi cabeza. Si usted señor Goodis, como afirma y nadie puede dudarlo, acababa de llegar en el momento que iniciamos la lucha, alguien se le adelantó con el propósito de quitarme del mundo de los vivos.

Unas pisadas lentas sonaron en el exterior. Volviéronse todos. Elizabeth, pálida como la muerte, hizo su aparición. Sus ojos,

febriles, lo recorrieron todo.

—¿Qué hacen en mis habitaciones?

Blake apresuróse a hacer una seña a los demás, y repuso:

—Estábamos juntos. Nos pareció que se quejaba y acudimos por si necesitaba algo.

La piadosa mentira, lanzada con el fin de evitar emociones, a la paciente, no surtió efecto. Como si no la hubiera oído, formuló otra pregunta:

—¿Quién ha abierto mi buró?

Fue Lionel quien contestó de nuevo:

—¿Su buró? Nadie lo ha tocado, señora. Seguramente lo dejó usted así.

—¡No! ¡Yo lo cierro siempre!

—En tal caso...

—Y no he gritado esta noche. ¡Ha sido sin duda él!

Josephine echó un brazo sobre los hombros de la enferma, preguntándole:

—¿A quién te refieres?

—¡Al fantasma asesino!

Su voz sonó hueca, cual si partiese de un sepulcro. Añadió enseguida:

—¡Salgan todos!

—Yo me quedaré contigo, mamá.

—No. Quiero estar sola.

La muchacha le dio un beso, resignándose a obedecer. La siguieron Goodis y Blake.

—Opino —dijo este último, queriendo romper el dramatismo de la situación con su tono humorístico—, que nos sentarán bien unas compresas frías. Nos hemos hecho daño. ¡Tiene usted fuerza, caramba!

—¡Usted sí que es un hércules! Sí, nos pondremos las compresas, aunque tampoco nos sentaría mal un coñac.

—¡Buena idea!

—¿No se les ocurre que debería registrarse la casa ante todo? —sugirió Josephine, cuya excitación decrecía muy lentamente—. Lo que acaba de ocurrir demuestra que hay en ella un criminal.

—Lo haremos —respondió Earle—. Aunque es de suponer que se haya dado buena prisa en quitarse de en medio.

Audie, silencioso como de costumbre, se presentó ante ellos sin que nadie le llamase.

—¿Sucedec alguna cosa?

Y en el mismo momento. Melwyn, en pijama y con un batín sobre los hombros, salió de su departamento, formulando análoga pregunta.

Explicaron a grandes rasgos lo que ocurría.

—¡Esto es el colmo! —barbotó el millonario, crispando los puños.

Organizóse el registro en distintas direcciones. Josephine se unió a Blake, por más que este quiso persuadirla de que se retirase a descansar.

Cuando estuvieron solos, preguntó, ansiosa:

—¿De veras entró usted en las habitaciones de mi madre con el propósito que ha dicho?

El interrogado juzgó conveniente mentir, y repuso, sonriente:

—¿Cuál me podía guiar, sino? Los psiquiatras usamos procedimientos especiales, que a los profanos suelen parecerles absurdos. Esta noche quise poner en juego uno de los mismos. No me ha acompañado la suerte. Insistiré otro día.

De pronto, Lionel preguntó:

—¿Cómo fue que acudió usted tan oportunamente a encender la luz?

—La casualidad lo quiso. Casi todas las noches visito a mi madre más de una vez para observar si descansa. Hoy, al intentarlo, me sorprendió el ruido de la lucha. Quise gritar y no pude. Di vuelta a la llave de manera maquinal.

—Comprendo. Bien. Celebremos su providencial intervención. Sin ella, es casi seguro que Earle o yo no hubiéramos podido contarle.

Terminó el registro. No quedó un solo rincón sin inspeccionar. El resultado fue nulo. En ningún sitio se encontró la menor huella que indicara el paso del misterioso visitante nocturno.

CAPÍTULO VI

ANTIGUOS CONOCIDOS

Blake se alegró cuando le dijeron en el hospital que Dorothy podía, ser visitada. Había intentado verla repetidas veces siempre le respondieron que el médico tenía prohibido que se la molestase.

Dio su nombre a un enfermero, a fin de que le anunciara, y esperó.

La presencia de aquella mujer en El Cairo había producido en el joven intensa satisfacción.

Se conocían de tiempo atrás. Dorothy, cuyo verdadero nombre era Judy Weismuller, merecía el calificativo de aventurera inteligente, audaz, peligrosa. Blake tuvo motivos para sospechar que andaba metida en asuntos de espionaje. Con objeto de vigilarla más a su gusto, le hizo el amor. Ella, sospechando sus intenciones, fingió corresponderle y durante una temporada corta se les vio juntos en los clubs nocturnos de Nueva York, en teatros y paseos...

La constancia y el talento del inspector, estaban, a pesar de ello, a punto de verse coronados por el éxito. Acababa de coger un hilo, que, a buen seguro, le conduciría al ovillo, pero Judy dióse cuenta de la realidad, y de la noche a la mañana desapareció, sin que nadie supiese la ruta que emprendiera.

Para Blake, resultó, aquello un fuerte golpe moral. Durante muchos meses hizo indagaciones inútiles. Descubrió, simplemente, que la presunta espía había vuelto al teatro del cual se encontraba alejada cuando la conoció, pero por mucha amplitud que dio al tendido de sus redes, no pudo averiguar el elenco artístico a que la astuta actriz perteneciese.

Su emoción, pues, al verla aparecer en escena la noche en que la hirieron, fue grande. Una vez más, en el curso de su carrera

jalonada de éxitos, la suerte acudía en su ayuda.

No podía hacer nada para que se detuviese a la artista. Ninguna acusación concreta tenía a su alcance. Además, encontrábase en país extraño. El único procedimiento estribaba en reanudar las relaciones, aunque ahora fueran sólo amistosas, y buscar el hilo roto que le llevase al grueso de la madeja.

Reapareció el enfermero, invitándole a seguirle.

—¡Muchacha! —exclamó el inspector, desde el umbral.

—Hola, Lionel —dijo ella, brindándole una sonrisa—. ¡Me ha producido grata sorpresa el saber, que querías verme! ¡Cómo imaginar que iba a encontrarte aquí!

—El mundo es muy pequeño.

Discretamente, les dejó solos el empleado, no sin antes recomendar la conveniencia de que la visita fuera breve.

La actriz había tendido una mano a su antiguo novio y éste se la besó largamente.

—Ingrata. Más que ingrata. ¡Cómo te burlaste de mí!

—Por compasión, no me censures. Me encuentro mal, francamente mal.

—Perdona. He debido interesarme, ante todo, por tu salud, aunque en realidad lo hice desde, el primer momento. Estabas desvanecida y no te diste cuenta, pero fui de los primeros en acudir a tu lado aquella noche.

—Te lo agradezco mucho, Lionel. Siéntate ahora, ¿quieres?

Lo hizo el joven. Hubo una pausa. Se miraban a los ojos con aparente ternura, pero en el fondo, tratando de leerse los mutuos pensamientos.

—Te has quedado muy silencioso.

—Es que... me has cortado el resuello con esa súplica de que no te censure. Traía un montón de cosas para decirte y de pronto parece como si se me hubieran olvidado todas.

—¡Qué niño eres! Bien, si para que se te suelte la lengua son precisas las recriminaciones, empieza cuando gustes.

—No. Soy generoso. Me hiciste mucho daño desapareciendo de mi vida cuando más fe tenía en tu cariño, pero... ya pasó.

—También yo sufrí, te lo aseguro.

—¿Por qué lo hiciste, entonces?

—Porque siempre he deseado la libertad. Me asustaba la

esclavitud del amor y llegué a darme cuenta de que te ibas adueñando por completo de mi persona. Como si suscitaba explicaciones quedaría vencida, decidí poner tierra de por medio. Te originé un bien, aunque lo dudes. No soy mujer capaz de hacer dichoso a nadie... Y ahora, dime. ¿A qué se debe tu estancia en El Cairo?

Blake adujo el pretexto que con todos emplease: su vocación literaria, el deseo de vivir el ambiente de la novela que había comenzado a escribir...

—Te felicito. Eso es propio de un artista de corazón. Ya me leerás algo tuyo. El hecho de que hayas venido a verme, demuestra que no me guardas rencor. Seremos buenos amigos, muy buenos amigos. Ya sabes que la amistad guarda grandes encantos.

—Precisamente iba a proponértelo. Estoy curado de mi enamoramiento, pero sigues representando mucho para mí. Lo comprobé al verte aparecer en escena la noche que te hirieron. Por cierto que... tú también me reconociste, ¿verdad?

Dudó la artista, y luego repuso:

—Sí. Y no me alegré. Me asaltó el temor de que quisieras resucitar el pasado. Ahora, viendo tu plan discreto, inteligente, me congratulo de este encuentro. ¿Quiénes estaban contigo?

—Mi tío Melwyn Thorbun, uno de los hombres más ricos de la ciudad, y su ahijada.

—Me pareció ver a otro hombre.

—¡Ah, bueno! Te refieres a Earle Goodis, socio de mi pariente. También acudió este último a visitarte al escenario mientras estabas sin sentido. ¿Es que os conocéis, quizá?

—En absoluto.

—Bien, Judy... digo Dorothy, ¿a qué atribuyes el atentado de que fuiste víctima? ¿Qué enemigos tienes aquí?

—Me gustaría saberlo. Nunca hice daño a nadie. Además, ésta es la primera vez que visito El Cairo.

—Te lo pregunto porque cuento con buenas relaciones. El Jefe Superior de Seguridad me, distingue con su afecto. Yo podría hacer que se tomase el asunto con interés sin límites. Si me facilitarás alguna pista, la persona que quiso asesinarte lo pagaría caro.

—Te lo agradezco, Lionel, pero no sé nada de nada.

Cuando salió, Blake se dijo que Judy, aun siendo buena actriz en

el teatro, superábase a sí misma en la vida real. De todos modos, no había logrado engañarle con la representación de aquella comedia.

Comenzaba a anochecer.

El inspector decidióse a seguir por una de las desiertas callejuelas que rodeaban el hospital. Oyó pasos a sus espaldas y divisó en la penumbra a dos hombres tocados con el alto «tarbuch», los cuales caminaban separados y como si no se conociesen. Aunque parecían de aspecto pacífico, Lionel resolvió dejar que le adelantaran. No le resultaba agradable llevar gente detrás en lugares de tan poco tránsito.

Sacó un cigarro y se detuvo so pretexto de encenderlo. Deliberadamente, rompió la cabeza de varios fósforos sin permitirles dar luz.

De pronto, uno de aquellos hombres saltó como un felino, esgrimiendo un arma blanca. Le falló el plan. Blake no estaba descuidado, como supuso, sino que eludió el golpe, y brincando, atenazó la muñeca del malhechor retorciéndosela, y haciéndole crujir los huesos. Un grito sordo se le escapó de la garganta. El segundo desconocido arremetió contra el inspector como un toro. En su diestra brillaba también una hoja de acero. Soltó aquél al enemigo de la muñeca rota y haciendo un maravilloso esguince, recibió el nuevo enemigo con un descomunal puñetazo entre los ojos.

Sonó una exclamación angustiosa a sus espaldas. No podía volverse, más por el rabillo del ojo vio a un tercer hombre, probable enemigo también, que era arrojado por el aire como una pelota, yendo a caer a dos metros de distancia.

Blake no podía explicarse ni comprobar de dónde provenía aquella providencial ayuda.

Los asaltantes a quienes él había resistido acababan de reponerse un poco, y barbotando imprecaciones, se lanzaron de nuevo al ataque. Al primero le derribó de un puñetazo en la sien. Cuando quiso volverse hacia el otro, le vio también salir despedido cual si le lanzasen con catapulta.

El estupor del joven no tuvo límites al darse cuenta de quién era la persona que le había ayudado. Tratábase del «sonriente musulmán».

—¡Tú! —exclamó—. ¿Qué significa esto?

Sin contestar, el interrogado le empujó apremiándole a la huida.

Por distintos puntos acudía gente poco tranquilizadora, que gritaba al correr.

Comprendió Blake que lo más aconsejable era quitarse de en medio. No le interesaban nuevos escándalos en la vía pública. Por otra parte, si los que se acercaban eran enemigos, como parecían denotar sus voces, poco éxito lograrían dos hombres solos frente a tantos.

Se dejó guiar. Cruzaron a buena marcha varias callejas. El atlético hombre del turbante abrió al fin una estrecha puertecilla. Blake vaciló, más enseguida, empuñando la pistola, decidióse a lo que fuera. Su acompañante no hizo gesto alguno al verle adoptar tal medida preventiva.

Encontráronse en un cuartucho mal oliente y sin apenas luz.

—¿Quién eres? ¿Por qué me defendiste?

Se llevó el desconocido un dedo a los labios recomendando silencio.

El ruido formado por aquella especie de jauría humana que quedaba fuera, se aproximaba como un alud.

Gritos y pisadas en tropel llegaron hasta la puerta y fueron alejándose.

Cuando al cabo de varios minutos, imperó el silencio, insistió Blake en su pregunta. Amplió el mahometano su sonrisa enigmática y se encogió de hombros expresando así que no comprendía. El inspector empleó varios idiomas, incluso el árabe, con idéntico resultado.

—¿No me entiendes o no me quieres entender?

Nuevo encogimiento de hombros por parte del musulmán, quien dejando de sonreír, indicó por señas la conveniencia de marcharse.

Guardó Lionel la automática y echó a andar tras su guía, el cual, demostrando conocer a la perfección el intrincado laberinto, fue conduciéndole, sin tropiezos hacia la parte occidental.

Cruzó un coche de alquiler y Blake le llamó, mientras decía a su acompañante:

—Sube conmigo. Me has hecho un gran favor y deseo que, por lo menos, bebamos juntos.

El coche se detuvo. Blake abrió la portezuela y se volvió hacia el musulmán con ánimo de que pasara delante. Ya no estaba allí. Le

vio alejarse y doblar la esquina de la calle que acababan de abandonar.

Habría transcurrido apenas media hora desde que Lionel dejase el hospital cuando Goodis se presentó en el mismo, preguntando por Dorothy, a la cual no le habían dejado visitar anteriormente.

Levantada ya la prohibición, todo fueron facilidades, pues quien más quien menos, deseaba congraciarse con el socio del poderoso Melwyn Thorbun.

—Ha sido herida en mi teatro —explicó Earle, al galeno de guardia—. Y considero un deber esta visita.

—¡Claro, claro! Usted siempre correcto y galante.

Hizo pasar su tarjeta. Judy no pudo evitar un parpadeo nervioso a la vista de la misma. Aunque pronto se dominó.

—Que entre ese caballero.

Cuando él penetró en el cuarto, dijo en voz alta, por si le oían desde fuera:

—Señorita Cadwell, reciba mis saludos y el testimonio de mi condolencia por el suceso que tanto lamentamos todos.

Entreabrió la puerta para observar si había alguien en la cercanía y al convencerse de que no, tornó a cerrarla y avanzó hacia la paciente, expresándose en tono apasionado:

—¡Judy! No encuentro palabras para decirte lo que llevo sufrido desde que te vi caer. He preguntado por ti. Hasta ahora no me han permitido verte. ¿Cómo estás?

La artista le miraba con fijeza, acusándole con el débil fuego de sus ojos oscuros.

Añadió él, desentendiéndose de la amarga censura reflejada en aquellas pupilas.

—Sé, que, en apariencia, tienes razón para hacerme reproches, pero sería preferible que te sintieras generosa y no me los hicieses.

Con acento tristemente irónico, murmuró la actriz:

—¡Qué caprichos tiene la vida! Hace poco rato era yo quien pronunciaba frases parecidas ante un hombre de cuyo lado me aparté. Ahora, tú me las diriges por igual motivo. ¡Tiempo y tiempo sin saber de ninguno de los dos y, de pronto, en cuestión de minutos...!

—¿Te refieres a Lionel Blake?

—Lo has adivinado.

—Nada de adivinanzas. Es que he hecho que se le siga. Bien. Ya me informarás de lo que te ha dicho.

—¡Muy curioso te sientes! ¿Crees que te asiste derecho para exigirme?

—No se trata de exigencias, Judy, sino del peligro que para ambos significa ese hombre. ¡Pertenece al F.B.I.!

Sin exteriorizar sorpresa, repuso la joven:

—Lo supuse hace ya mucho tiempo. Por eso me alejé de él. Había averiguado más de lo conveniente. Estaba ya a punto de recoger el fruto de su trabajo... y estimé bueno para mi evaporarme.

—¡Otra vez las coincidencias! Esa misma razón, aunque no se tratara de Blake, me hizo tomar el avión sin darte explicaciones.

—¿De veras?

—¿Puedes dudarlo? ¿Es que no te probé muchas veces mi cariño?

—Quisiera creerte. Fuiste y lo sigues siendo todo para mí.

—¿Y por qué has de dudarlo?

Se escrutaron, silenciosos.

Goodis había tomado asiento junto a la cabecera de la cama y hablaban en tono imperceptible para quien no estuviera allí mismo. Todavía lo bajó él más, al añadir:

—La organización internacional a que yo pertenecía fue descubierta. La policía hizo una «razzia» de la que escapé milagrosamente. No podía dedicar un solo segundo a nada que no fuese mi salvación. Imposible avisarte. Un puñado enorme de dólares me permitió disponer de un aeroplano y salir de Nueva York la misma noche en que se derrumbó el tinglado. Anduve escondido, huyendo de un sitio a otro, sin atreverme a escribirte ni a dar señales de vida. Me decidí finalmente a fijar mi residencia en El Cairo. Melwyn Thorbun, mi actual socio, es un viejo amigo de mis padres. Le mentí narrándole una historia en la cual yo aparecía como un represaliado político, y accedió a hacerme pasar como Earle Goodis, sin que mi verdadero nombre apareciese para nada. Yo traía dinero y él me ayudó dándome parte en sus negocios y convirtiéndome en una personalidad. Olvidé en absoluto mis pasadas actividades de espía y entonces realicé discretas gestiones para dar contigo, pero no me acompañó la suerte. No estabas ya en

Nueva York. Ésa es la verdad, Judy. Te suplico que me creas.

Respiraba ella con dificultad. Las palabras de aquel hombre — único y verdadero amor de su vida—, le calaban muy hondo.

Se habían conocido en la capital de Norteamérica, perteneciendo ambos a distintas organizaciones de espionaje que, a veces, colaboraban entre sí, aunque sin llegar a fundirse en una sola, y se hicieron novios.

¡Verle! ¡Volver a verle! constituyó la meta de sus ilusiones, desde que él la dejara. Y ya le había visto. En circunstancias trágicas, pero ¿qué importancia tenía eso? Lo único de valor era que le sentía allí, pidiéndole perdón, jurándole que no la había olvidado, exponiendo las justificadas causas que le obligaron a desaparecer.

Hablaron luego del atentado.

—Aquí el espionaje tiene mucho campo de acción —dijo Goodis—. ¿Cuentas con enemigos entre los que fueron tus compañeros o entre los que trabajaron para otras organizaciones? Porque todo hace pensar que se ha tratado de una venganza, de un plan diabólicamente combinado para suprimirte.

La artista reflexionó:

—Sí, eso debe ser —repuso—. Cuando me escabullí de entre las garras de Blake, que ya se tendían para aprisionarme, lo hice sin consultar con los jefes. Me asaltó el pánico y sólo pensé en poner mucha distancia entre el F.B.I., y yo. Desde entonces, me dediqué al teatro por entero. No he querido saber nada de mis anteriores actividades.

—Entonces no cabe duda de que han querido aplicarte un castigo ejemplar. Alguno de esos antiguos colaboradores os vio hacer esta comedia en cualquier parte y lo comunicó a los elementos afines con que cuente en Egipto. Nosotros sabemos bien cómo se trabaja en el seno de estas bandas. Han seguido tus pasos en espera de una oportunidad. El peligro subsiste, Judy, y yo no quiero que estés expuesta a él. Me las compondré de modo que te salvaguarden noche y día. Tan pronto como te halles en condiciones, te facilitaré un avión para que huyas a dónde yo únicamente conozca tu paradero.

—¡Eso, no! —rechazó ella con firmeza—. ¡Después de haberte encontrado no habrá fuerza humana que me separe de ti!

—¡Criatura!

Las facciones de Judy se suavizaron al murmurar, mimosa:

—Compréndelo. Si de verdad me quieres, ¡compréndelo!

—Porque te quiero, necesito evitar tu muerte.

—Hay un medio que lo resuelve todo: partamos los dos.

—Eso... no puede ser.

—¿Qué lo impide?

—Las obligaciones que tengo aquí contraídas. Los negocios en marcha. No puedo echarlo todo por tierra. Voy camino de ser millonario. Conociendo el sitio donde te refugies mantendremos la comunicación y en el momento propicio iré a buscarte.

—¡No me iré sin ti! ¡No insistas!

Earle se mordió los labios. No le convenía discutir, ni mucho menos resucitar el disgusto de aquella mujer, que podía perderle. ¡Ya tendría tiempo de adoptar una, resolución!

Sonrió, cariñoso.

—Eres adorable, Judy. Esa nueva prueba de cariño me ha llegado al alma. Quédate. Veremos el modo de resolver todas las dificultades.

—¡Gracias, querido!

Se besaron largamente.

Judy, a instancias de su interlocutor, describióle luego con detalles la entrevista sostenida con Lionel.

—¿Temes, de verdad, mucho de ese hombre? —quiso saber cuándo hubo concluido.

—Es un elemento de cuidado, de mucho cuidado, pero... ¡yo lo soy más! Le reconocí como agente del Servicio Secreto apenas se presentó en casa de su tío, mi socio, e hice que se alojara junto a nosotros para tenerle bajo mi control. Le llevo la ventaja de que él no me había visto nunca mientras yo, en cambio, en virtud de la labor de mis compañeros, le tenía perfectamente identificado. Le he tendido varias celadas de las cuales, casi prodigiosamente, pudo librarse. Esta misma noche es posible que haya caído en una. De todas maneras, aun en el caso de que también hoy le haya auxiliado la suerte, ¡le venceré!

CAPÍTULO VII

UNA FIESTA RARA

Aquella misma noche visitó Lionel al embajador de los EE. UU.

—Me alegra su visita —dijóle éste, luego de cambiar saludos afectuosos—. Me disponía a llamarle. En la valija de hoy ha llegado la respuesta que aguardaba usted.

Le entregó un sobre cerrado. Dentro venía un informe de los laboratorios del F.B.I., en el cual se afirmaba que las palabras «ena», «che», «hine», habían sido escritas con la misma máquina, en el papel cuyos trozos encontró el joven en el domicilio de Rufus, y en el que utilizara luego en los despachos de Thorbun y Goodis.

Quedó pensativo.

—¿Algo de interés?

—Una piececita más de la rueda —repuso, sonriente, el inspector—. Las cosas siguen complicadas, más confío en que se vayan desenredando. Bien. Ahora necesito de nuevo su ayuda. Importa que se ejerza estrecha vigilancia sobre Dorothy Cadwell.

—¿En qué sentido?

—En todos. Es una mujer peligrosa.

No tuvo inconveniente en narrar cuánto sabía acerca de ella.

—Claro es —añadió luego—, que al solicitar del Jefe Superior de Seguridad este servicio, no procede hacer alusión a las razones que nos impulsan. Bastara con que se muestre usted interesado por la suerte de esa compatriota. Lo principal es que si trata de escapar se la siga a todas partes sin que ella se dé cuenta. Puede servir como pretexto el temor de que sus enemigos la hagan acudir con engaños en busca de la muerte. Su herida no es grave y creo posible que se proponga desaparecer de nuevo tan pronto como se lo permitan las fuerzas.

—Será usted complacido.

Sin dejarlo para más tarde, el embajador habló por teléfono, obteniendo la promesa de que se llevaría a cabo tal servicio con el máximo interés.

Al salir, Blake iba seriamente preocupado. El informe del laboratorio le indujo a buscar nuevos complementos a aquellas letras que con frecuencia danzaban en su imaginación.

Se había tratado, sin duda, de una invitación a Colman en la cual aludíase a la joven para obligarle, acaso, a que acudiese. Y si esto era así, ¿por qué Melwyn afirmó que Rufus se había invitado a sí mismo?

Cuando llegó a la casa, acababan de servir la cena.

—Ya no te esperábamos —díjole Thorbun—. Como aquí cada cual entra y sale cuando quiere, viene o no viene a comer...

—Les ruego me disculpen.

—¿De qué? Pero si no hay censura en mis palabras, muchacho. ¿No has, observado que nosotros mismos carecemos de orden? Anda, siéntate y reitérenos tus andanzas.

—No puedo contar nada. Me he dedicado a pasear. Hice una visita a Dorothy Cadwell.

Earle, que había disimulado perfectamente su disgusto viendo aparecer sano y salvo a Blake, inquirió:

—¿Viene muy cansado entonces?

—No. ¿Por qué lo dice?

—Hace una noche muy buena. No tengo nada urgente que resolver y se me había ocurrido dedicar varias horas a enseñarle curiosidades de la ciudad. Me estoy portando deplorablemente en plan de cicerone, y si quiere que hoy me rehabilite un poco...

—Acepto encantado.

Josephine no pudo contener un mohín de disgusto. Siempre que Blake estaba lejos, ella encontrábase inquieta. Sólo cuando le veía aparecer tornaba a su espíritu la tranquilidad. La perspectiva de que aquella noche se marchase de nuevo resultó poco menos que insufrible.

—¿Cómo sigue esa pobre chica? —quiso saber el millonario, refiriéndose a la actriz.

—Me ha parecido muy animada.

—Lo está realmente —ratificó Goodis—. Yo también la he

visitado.

—Bien hecho —aprobó Thorbun—. A mí estas condenadas piernas me quitan ánimos para todo lo que no sea absolutamente preciso.

Earle, de vez en cuando, miraba con disimulo al inspector, esperando dijese algo acerca del atentado sufrido, más éste había resuelto no mencionarlo siquiera y se mostraba indiferente cual si en realidad la jornada hubiera sido plácida desde el principio al fin.

Terminada la cena, Goodis, so pretexto de cambiarse de ropa, adentróse en sus habitaciones. Hizo lo anunciado con rapidez y enseguida llamó por teléfono a uno de sus secuaces, a quien dijo palabras que en apariencia carecían de interés, aunque quién se hallaba al otro lado de la línea las interpretó con exactitud.

Volvió sonriente adonde esperaba Lionel.

—¿En marcha?

—Cuando guste.

Una vez en el centro, abandonaron las calles principales donde la vida era análoga a la de cualquier ciudad europea: casas modernas, coches de los últimos modelos, anuncios luminosos, hombres y mujeres vistiendo con elegancia y buen gusto...

Ya en los lugares típicos, Earle demostró, una vez más, conocer a la perfección cuánto iban encontrando. «Ésa es la mezquita de El-Azhar»... «He ahí la puerta de los Barberos»...

Y hacía historia de todas y cada una de las cosas que mostraba.

Lionel había deambulado por varios de los puntos que ahora recorría, pero les encontraba nuevos atractivos llevando junto a sí una persona que aclaraba todas sus dudas.

Visitaron establecimientos públicos con verdadero sabor local y por último, «casualmente», encontráronse ante una sala de fiestas, en pleno corazón del barrio árabe.

—Aquí suelen verse tipos curiosos —insinuó el guía honorario.

—Entremos.

Tratábase de una amplia habitación decorada a estilo oriental, en la cual mezclábanse los colores fuertes heridos por espléndida iluminación.

Dorados pebeteros ardían en los rincones exhalando turbadores perfumes. La música daba la sensación de estar hecha a base de lamentos hondos. Una danzarina «musulmana»... oriunda de

Nápoles, retorciase cual si estuviera epiléptica mientras sus pies trenzaban bailes indefinibles.

Lionel tuvo la impresión de haber visto al «sonriente musulmán» asomarse a una de las puertecitas que se abrían al fondo.

Nadie, en apariencia, había reparado en aquellos clientes que acababan de llegar, pero el joven advertía como pasaban sobre su rostro miradas huidizas y fulgurantes.

Blake arrugó el entrecejo; soslayando a la multitud enfebrecida, una mujer avanzaba hacia el fondo del local. El «yabrah» cubríale la cara casi por completo. No obstante, por su figura, la manera de andar y los ojos, el inspector creyó reconocerla.

La musulmana, al hallarse cerca del joven, bajó el velo unos centímetros y le miró intensamente. Luego siguió su camino, desapareciendo por una de las puertecitas.

—Perdóneme unos minutos —dijo Lionel a Earle.

—¿Qué va a hacer?

—Nada de particular. Vuelvo enseguida.

Y traspasó los umbrales cruzados momentos antes por la tapada, encontrándosela en medio de la pequeña habitación.

—¡Caramba, «Perla de Oriente»! Tenía ganas de echar un párrafo contigo.

Retrocedió ella, le impuso silencio con un ademán y murmuró:

—Sabía que estabas aquí y he venido a advertirte.

¡Márchate enseguida! ¡Corres un gran peligro!

—Estando a tu lado, sin duda. ¿Se trata de otro marido celoso? ¿Qué nueva encerrona me preparas?

—¡Los tiempos han cambiado, Lionel Blake! ¡Ya no soy enemiga tuya!

—¡Caramba, qué felicidad! Otro ramalazo de amor súbito, ¿eh? ¿Qué es lo que ahora te ha hechizado de mi persona? ¿Los ojos? ¿La boca? ¿La nariz, quizá?

El acento del inspector destilaba ironía hiriente, mientras los hermosos ojos de la mahometana reflejaban verdadera angustia.

—¡Créeme, te lo suplico! Me he arriesgado a todo por hacerte esta advertencia. Ya ves que no te pido qué me sigas a ninguna parte ni te marco dirección. Lo único que deseo es que te alejes.

Goodis apareció en el umbral, diciendo:

—Amigo Lionel...

Se volvió el muchacho, disgustado:

—Ahora voy, Earle, ahora voy.

Más «Perla de Oriente» había aprovechado la levísima distracción para desaparecer por otra puertecilla que comunicaba con el resto del edificio, cerrando violentamente tras sí.

Blake corrió, esforzándose en abrirla. Le cogió Goodis de un brazo.

—Por favor, amigo, no cometa locuras. Recuerde lo que no hace mucho estuvo a punto de pasarle por causa de una musulmana. El más pequeño grito que lanzara esa mujer atraería sobre nosotros a casi toda esta gente.

—Ha estado usted inoportuno —protestó el joven, desabrido.

—Se equivoca. Porque conozco el terreno me he decidido a venir, al darme cuenta de que seguía a una tapada. Volvamos a nuestro sitio.

Lionel se dejó llevar. No quiso manifestar que la mujer en cuestión era la misma que diera origen a su aventura, y siguió escuchando los consejos de su interlocutor.

La fiesta estaba en su apogeo. Sumaban ya docenas los espontáneos danzarines que se lanzaban al centro de la sala, con ritmo de locura.

De pronto, se apagó la luz.

Blake, como medida de precaución, abandonó de un salto el sitio que ocupaba. Lo hizo oportunamente. Medio segundo después, un alfanje diestramente manejado partía en dos el cojín que acababa de servirle de asiento. Percibió él con absoluta fidelidad el ruido del golpe.

Brotaron gritos, alaridos más bien, de todas partes.

Lionel, furioso, lanzóse sobre la blanca figura asesina que, aun en medio de la obscuridad, podía precisarse y la agarró por el cuello, más alguien acudió en ayuda del fracasado criminal, al propio tiempo que otra persona también lo hizo en favor del joven. Un puñetazo en la mandíbula privó a este de la noción de las cosas. La noche penetró en su cerebro, pero a pesar de la inconsciencia, tuvo la sensación de que le cogían impidiéndole llegar al suelo.

Cuando abrió los ojos, encontróse en un cafetín casi vacío. Cerca, prestándole auxilio, había el musulmán de la estereotipada sonrisa, que le había trasladado allí.

—Hola... —murmuró el joven, atolondrado aun—. Por lo que observo, te has convertido en mi niñera. Ven, siéntate.

Lejos de obedecer, el mahometano hizo una leve inclinación de cabeza, retrocedió de espaldas y de pronto, volviéndose rápido, ganó la calle.

Blake no intentó seguirle.

—¡Es una especie de duende gigantesco! —masculló, acariciándose la parte dolorida.

Después de inquirir en qué lugar se hallaba, preguntó por la sala de fiestas en la que estuvo, pudiendo saber dónde se hallaba gracias a su minuciosa descripción.

Tomó un coñac y salió presuroso, dirigiéndose hacia el sitio indicado, al que tardó apenas cinco minutos en llegar.

La sala estaba nuevamente iluminada. Lionel, desde la puerta, descubrió a Earle, charlando en actitud pacífica con un grupo de hombres que le rodeaba. También vio éste al recién llegado aunque aparentó no haber parado mientes en él, y levantando la voz, dijo en plan de víctima:

—¡Si no me guían hasta donde se encuentra el compañero que venía conmigo les costará un serio disgusto!

Blake había empuñado la pistola, y sin avanzar, dijo levemente irónico:

—Gracias por su interés, Goodis.

Se incorporó éste, expresando alegría:

—¡Lionel! ¿Dónde estaba usted metido?

—Jugando al escondite. Pero ya me he cansado, y vengo a que estos simpáticos bereberes... o lo que sean, me digan quién intentó asesinarme. Porque si no me lo dicen voy a tumbar a tantos de ellos como balas tiene mi pistola.

Elevóse gran clamoreo. Nadie sabía nada. Todos juraban por Alá ser la personificación de la inocencia. Estaban allí divirtiéndose. ¿Qué culpa tenían de que algún infiel hubiera pretendido manchar la fiesta de sangre?

El negro cañón de la pistola señalaba indistintamente a unos y a otros.

Blake no había pretendido, ni mucho menos, obtener la acusación solicitada. Su único fin al volver consistía en averiguar si Goodis se encontraba allí y cuál era su posición. El deseo que

expuso era un simple pretexto, pero se gozaba en asustar a aquellos tipos entre los cuales, a buen seguro, encontrábase el que quiso partírla.

Earle fue hacia él.

—Deseche esa idea. Probablemente estos hombres tienen razón. Yo estaba frenético contra ellos por la desaparición de usted y no sé a dónde hubiera llegado; pero ahora comprendo que el malhechor se habrá dado prisa en huir y que no procede culpar a los demás.

Todos apoyaron atropelladamente las palabras de Goodis, quien, tomando de un brazo al joven, añadió:

—Salgamos cuanto antes.

Soltóse el joven con rapidez, fingiéndose furioso. La realidad era que no quería verse privado de ninguno de sus movimientos. Insistió Earle y al fin él, como realizando un sacrificio, retrocedió sin perder de vista a ninguno y firmemente empuñada la automática. Goodis hizo lo propio.

Apenas hubieron dado la vuelta a la esquina, un grito horrible hendió los aires. Se abrió una puertecilla correspondiente a la parte trasera del edificio que acababan de abandonar y una mujer apareció tambaleándose. Tras ella, vióse a un árabe corpulento esgrimiendo un puñal.

Blake no se entretuvo en contemplaciones. ¡Era ya demasiado! Apretó el gatillo. El árabe se llevó ambas manos al pecho y, girando sobre sus talones, desplomóse pesadamente.

—¿Qué ha hecho? —tronó Earle.

Lionel, sin responder ni enfundar el arma, corrió hacia la figura que primero saliera, la cual había caído de bruces.

—¡«Perla de Oriente»!

Era, en efecto, ella. De su pecho salía la sangre a borbotones.

Abrió los grandes ojos y, reconociendo al joven, musitó:

—«Él» oyó... lo que... te dije... Me ha... golpeado mucho... acabando por herirme... Comunica... a Mohamed... que muero... por... haber querido... salvarte...

—¿Quién, es Mohamed?... ¡Habla! ¡Di más cosas!

«Perla de Oriente» movió de nuevo los labios, más no pudo pronunciar palabra alguna. La vida acababa de escapársele.

De la sala de fiestas acudía gente ya. Abríanse ventanucos que eran como desconchones luminosos en el corazón de la noche. La

Policía, que rondaba siempre por aquellos alrededores, llegó atraída por el disparo, dispersando con su presentía a la multitud. Lionel apresuróse a guardar la pistola. Tanto él como Earle se dieron a conocer y explicaron el suceso, si bien omitiendo el «pequeño detalle» de quién había tirado sobre el asesino de «Perla de Oriente».

La importancia que prestaba a Blake el ser pariente de Thorbun sirvióle una vez más para que no le pusieran impedimentos. En cuanto a Goodis, su propia personalidad resultaba suficiente.

Se alejaron con rapidez del lugar del drama.

—¿Sabe que nos hemos divertido? —subrayó, cáustico, Lionel.

—¡No me hable! ¡En qué mala hora se me ocurrió invitarle a salir esta noche!

—¿Por qué? Me gustan las grandes emociones. Mi novela estará llena de verismo. Lo único triste de todo esto es la muerte de esa pobre mujer.

—¡Menos mal que ha sido vengada! Lo que hace falta es que nadie le haya visto a usted disparar.

—No se preocupe. Yo mismo daré cuenta a las autoridades competentes. Si he callado ahora ha sido por evitar nuevas complicaciones en la calle.

—¿Cree usted necesario hacerlo así?

—Desde luego. Presentándome yo, no corro el riesgo de que me denuncien.

—¿Quién cree que le puede denunciar?

—¡Oh, cualquiera lo sabe! Me parece que no hay duda de que tengo enemigos en El Cairo, ¿eh?

—¡No se comprenden ciertas cosas!

—Pues todas tienen explicación en la vida; ¡todas!

—¿Y usted ha encontrado la de esto que le ocurre? —No. ¡Pobre de mí! Soy una nulidad como aprendiz de policía.

Y su tono fue tan ingenuo que hubiera convencido a cualquiera de que no sabía nada, de nada.

Llegaron donde dejasen el coche y emprendieron el regreso.

A Lionel no se le iban de la imaginación las últimas palabras pronunciadas por «Perla de Oriente». ¿Quién podría ser el Mohamed a quien se refiriera y por qué su interés en que le comunicase que moría por haber querido salvarle a él, a Blake?

Pensó en el sonriente musulmán. Sí, era posible que se tratase de Mohamed; pero... ¿cuál era el motivo de que éste se hubiera convertido en su abnegado protector?

Sacóle de su ensimismamiento, que Earle compartía, la llegada a la quinta.

Melwyn estaba levantado y les acogió con una amable sonrisa.

—No tenía sueño —anunció—, y me puse a trabajar un rato. ¿Qué tal se ha dado la noche?

Goodis narró la aventura y aquél mostró tanto asombro como ira.

—¿Hasta dónde vamos a llegar? Pero ¿qué hace la Policía en este endiablado país?

—Detener a quien se presenta a ella «por las buenas» como va a hacer su sobrino.

Thorburn parpadeó nervioso e hizo que se le repitiesen tales palabras. Enseguida gritó enérgico, dirigiéndose a Blake:

—¡Te prohíbo esa locura!

—Pero, tío...

—¡Ni una palabra más! ¡Estaría bonito! No es que te sucediera nada grave, puesto que has defendido a una mujer; pero nadie te evitaría trastornos y malos ratos. Si alguien te denuncia, ya acudiremos en tu ayuda, pero meterse en la boca del lobo es una insensatez.

El joven se alegró de aquello. De haberse presentado hubiera tenido que declarar su verdadera personalidad, cosa que procuraba rehuir a toda costa. La actitud de su tío, resuelto a defenderle si llegaba la ocasión, le significaba una garantía.

—Te obedeceré —repuso.

Siguieron los comentarios largo tiempo y por fin fueron retirándose a sus habitaciones.

Blake colocó en las puertas de las suyas unos pequeños timbres de alarma, recientemente adquiridos, los cuales sonarían estridentes si alguien intentaba penetrar por ellas.

No quería exponerse a nuevas visitas nocturnas mientras se entregaba al sueño.

CAPÍTULO VIII

SUGESTIÓN

Nada anormal acontecía: Judy mejorada y no bacía lo más mínimo que diera lugar a sospechas ni que denotara haber advertido la vigilancia de que era objeto; Earle y Melwyn vivían pendientes de los negocios, como de costumbre; Elizabeth y Audie eran como dos sombras que se deslizasen casi ajenas al mundo; Josephine sufría, suspiraba, pendiente de Lionel; Lionel enfrascábase en su novela...

Todo parecía sencillo, humano, lógico, y, sin embargo, todo se complicaba en el transcurso del tiempo.

Aquellos seres justificaban plenamente la teoría filosófica de que cada criatura es un microcosmos.

Blake avanzaba más de lo que nadie suponía en el tratamiento del ama de llaves, a la cual lograba durante muchos ratos someter a su voluntad. En cambio otras veces «se le escapaba» sin que le sirviese de nada su poder de sugestión, del cual tenía sobrados motivos para sentirse satisfecho, pues había estudiado a fondo hipnotismo en la sección de psicología de la Universidad de Chicago y obtuvo luego grandes éxitos aplicando al ejercicio de su profesión lo aprendido.

Observó el joven que cuando más rebelde se mostraba Elizabeth a obedecer sus mandatos verbales, o simplemente transmitidos con el pensamiento, era durante las horas en que Goodis estaba en casa. Hizo repetidos ensayos para comprobar dicha apreciación, llegando al convencimiento de que era así: Earle ejercía un dominio absoluto sobre aquella demente, como consecuencia de llevar largo tiempo sometiéndola.

Orientando en tal sentido sus investigaciones, pudo descubrir

detalles que no le dejaban lugar a dudas.

Y... otra cosa que no pasó inadvertida para el inspector, colocado ya en ese plano, era que Goodis, no sólo manejaba a su antojo a Elizabeth, sino que ejercía extraña y poderosa influencia sobre Melwyn Thorbun.

El problema, considerado desde aquel punto de vista, cobraba facetas nuevas y no menos, interesantes que las que hasta entonces hubiera podido tener.

La lucha en tal aspecto presentábase difícil para Blake. Resulta muy ardua tarea contrarrestar la fuerza de un hipnotizador, si es competente acerca de una persona a quien venga manejando de antiguo. Pero el muchacho, lejos de desanimarse por tal idea, se ratificó en el propósito de triunfo.

Cierta tarde sacó a colación los problemas de la hipnosis en presencia de Goodis y de pronto exclamó mirándole fijamente:

—¡Usted sería un hipnotizador magnífico!

Vio al aludido palidecer y esforzarse en sonreír.

—¿Yo?... ¿En qué se basa para creerlo?

—En su mirada... Y en mis conocimientos sobre tal ciencia. ¿No ha probado nunca a sugestionar a alguien?

—Jamás se me ocurrió.

El asunto fue tomado a broma por parte de Melwyn y un poco asimismo por la de Josephine; Elizabeth, por el contrario, adquirió una seriedad superior en mucho a la habitual en ella; los músculos se le atirantaron bajo la amarillenta piel, dando la impresión de que iban a romperla, y las brasas de sus ojos brillaron como nunca.

Lionel reparó en ello. Y Earle también.

Sin habérselo propuesto ninguno de los dos, se encontraron de pronto uno en brazos de otro.

—Te quiero, Josephine; día a día, hora a hora, minuto a minuto, te has ido adentrando en mi corazón. He llegado, a los treinta años creyéndome incapaz de enamorarme y de pronto has surgido en mi vida para demostrarme lo equivocado que me encontraba.

—También yo te quiero, Lionel; también yo ignoraba lo que era el amor hasta el momento de conocerte.

Se miraban a los ojos con ternura infinita. Sus labios estaban a punto de unirse.

Una tosecita nerviosa les obligó a separarse.

Goodis estaba allí. Tenía doblados los labios en una mueca que quería ser sonrisa y que dejaba al descubierto sus dientes encajados.

—Perdonen... —dijo al cabo de leve pausa, con insegura voz—. Ignoraba que estuviesen aquí. Lamento haberles, interrumpido.

Dio media vuelta y se alejó despacio.

Tornó la muchacha a reunirse con Blake, cual si quisiera hallar un refugio en aquellos brazos potentes.

—Tengo miedo —susurró—, un miedo horrible.

—Ya me lo has dicho en otras ocasiones, pero no me explicas el porqué.

—Es que no puedo citar nada concreto; son muchos pequeños detalles... y... sobre todo ese hombre, Goodis, me crispa con su sola presencia. Lamento mucho que nos haya sorprendido.

—Él te quiere, ¿verdad?

—Eso dice. Pretende que sea su esposa. Le rechacé siempre, pero en todo momento me respondió que sabe esperar y que acabará siendo suya.

Endureciéronse las líneas del rostro de Blake. Estrechó con más fuerza a la mujer amada mientras le decía:

—¡Que pruebe a torcer tu voluntad!... ¡Que intente arrancarte de mis brazos!

—¡Lionel!...

—Después de saber que me correspondes me considero un coloso capaz de enfrentarme con el mundo entero.

El diálogo amoroso se prolongó largamente.

Mientras, Earle se encerró con Thorbun, sosteniendo entre ambos una extensa conversación. Más tarde, Audie buscó a Josephine, diciéndole con su voz cavernosa:

—El señor suplica a la señorita que vaya a verle. Está en el despacho.

La cosa no era como para sorprenderse, por cuanto resultaba frecuente el hecho de que Thorbun llamase a su ahijada para que le sirviese de apoyo o, en ocasiones, por el simple deseo de departir sobre temas afectuosos. Sin embargo, aquella tarde experimentó la joven fuerte malestar, cual si presintiese que iba a oír algo funesto.

Dirigióse hacia la estancia indicada.

—Aquí estoy, padrino.

—Pasa, queridita, pasa y siéntate.

El tono del millonario, aunque amable, distaba mucho de ser el acostumbrado para hablar con la muchacha.

Obedeció ésta y esperó silenciosa.

Parecía como si a Melwyn le costase trabajo abordar la cuestión. Por fin, luego de carraspear un poco, empezó diciendo:

—Te he llamado para charlar contigo sobre una cuestión fundamental. Me siento viejo y enfermo. Mis fuerzas decrecen más rápidamente de lo que quisiera... y el peor día doy un salto de este mundo al otro.

—¿Por qué se le ocurren esas cosas? Rebosa usted salud. Si no fuera por lo de las piernas...

—Tu cariño hacia mí, del que no dudé nunca, no te permite ver mi verdadero estado. ¡Yo sé cómo estoy! Bien... Permíteme continuar. —Tras toser sin gana, añadió—: No me preocupa tu suerte en el aspecto económico; carezco de familia, pues Lionel es un pariente muy lejano con el que apenas me unen lazos afectivos, y tú eres mi heredera universal. Así reza en mi testamento...

—Padrino, por favor...

—No me interrumpas. El hecho de que aunque yo falte no carezcas de nada es insuficiente para mi tranquilidad. Deseo, antes de cerrar los ojos, ver junto a ti un hombre que te libre de los peligros que acechan en la vida a una muchacha sola, sobre todo si atesora tu belleza y la fortuna que irá a parar a tus manos. Tienes un pretendiente que goza de mi confianza absoluta. Es activo, dinámico, posee también una riqueza considerable...

—Se refiere usted a Earle, ¿verdad?

—Exactamente. Está loco por ti, me, consta, y sufre con tus desvíos. Hasta ahora ha sabido esperar; mas hoy, por las razones que puedes suponer, ha sentido el miedo a perderte y me ha expuesto la amargura que esto le significaría. Siempre has sido buena con este vejstorio y espero continúes siéndolo. Me proporcionarás una enorme alegría casándote con él. ¿Puedo esperar que me complazcas?

Tras un breve silencio, Josephine, denotando una serenidad de la que nunca se hubiera creído poseedora, volvió la oración por pasiva, basándose en las mismas palabras que acababa de oír:

—Padrino... siempre fue usted bueno con esta criatura desventurada, que encontró a su lado paz y cariño, y espero

continúe siéndolo. Me proporcionará gran alegría no hablándome más de ese hombre. ¿Puedo esperar que me complazca?

Quedó el millonario desconcertado. Ni remotamente esperó oír aquella emocionada respuesta.

—Pequeña... Acabas de lastimarme. Daba por seguro que apreciarías mi buen deseo...

—Y lo aprecio. ¡Qué duda cabe! Usted me aconseja que sea la mujer de Goodis porque cree sinceramente que con ello labra mi felicidad; pero al oír que le detesto, que si me casara con él sería la más desdichada de las criaturas, que preferiría la miseria, la muerte incluso a tenerle por marido, no insistirá en esa idea que, de realizarse, echaría abajo todo el bien que me hizo hasta ahora.

—Pero... pero... ¿qué razones tienes para sentir esa aversión hacia Earle?

—Y ¿cuáles puede usted aducir para convencerme de que le quiera? En el corazón no se manda.

—¡Trasnochada frase, de la cual se ha, abusado en demasía! Lionel te ha trastornado el seso, ¿no es verdad? Él tiene la culpa de que muestres esa actitud rebelde con la que nunca conté.

—Se equivoca. Puesto que Goodis le ha venido con el cuento, no disimularé que amo a Lionel; pero ya antes de conocerle aborrecía a ese candidato que usted me propone. Pregúntele y, si es sincero, le confesará que le he rechazado muchas veces, cuando todavía ignoraba la existencia del hombre que hoy llena mi vida.

—¿Entonces...?

—Entonces... le suplico que sobreponga el cariño que me tiene a todas las demás cosas y no trate de empujarme a un sacrificio superior a mis fuerzas.

Thorburn quebró en dos el cigarro que aprisionaba entre los dedos. Sus pupilas reflejaban inquietud. Su cuerpo todo agitábase a impulsos de su estado anímico.

—Desagradable... muy desagradable —dijo en apagado tono—. Has derrumbado de un manotazo todo el plan que acaricié día tras día.

—¿Y por qué elaboró planes sin pulsar mis sentimientos?

—Supuse que significaba para ti más de lo que signifíco; que seguirías mis orientaciones.

—Usted representa para mí lo que pudiera representar mi padre;

pero ante mi propio padre me rebelaría si quisiera obligarme a ser la compañera de quien me repugna. Reflexione, padrino: compartir la mesa, el lecho, los sufrimientos y las alegrías con un hombre cuya sola presencia nos hace escalofriar; ser esclava de ese hombre durante la vida... ¡No! ¡No!...

Todas las cosas que se pongan en la otra balanza resultan insuficientes.

El acento de Melwyn fue tornándose ronco al replicar:

—Tienes la cabeza llena de literatura. La realidad es muy distinta a cuánto dicen los libros. Y la realidad en este caso está representada por un anhelo mío que ha de realizarse. Ningún derecho legal tengo sobre ti; no puedo basarme en nada instituido para obligarte a que me obedezcas; pero sí te invito a que reflexiones en lo que sucederá si te me pones enfrente.

—¡Padrino!

—Lamento hablarte en este tono; más ya que la gratitud no influye en tu ánimo, toma nota de que yo no admito términos medios: junto a mi unida por la obediencia y el cariño, o apartada de mi vida en todos los aspectos.

Los ojos de Josephine llenáronse de lágrimas.

—¿Puedo retirarme? —inquirió, levantándose.

—¿Sin darme una contestación definitiva?

—El hecho de pedirle permiso para irme equivale a una respuesta.

—¡Muchacha!

—Dijo hace poco que le había lastimado... ¡Usted sí que acaba de herirme en lo más hondo! ¡Nunca hubiera imaginado oír amenazas tuyas! Sépalo bien, padrino: me importa mucho perder su estimación; lo otro a que ha aludido, su riqueza, figuró siempre muy en último término para mí. Voy a preparar mis cosas. Mi madre y yo saldremos de esta casa hoy mismo.

Melwyn tendió las manos en ademán imperioso:

—Espera. No seas tan impetuosa.

—¿Tienes algo más que decirme?

—Sencillamente que reflexiones.

—No tengo que reflexionar. Cuando esté todo dispuesto vendré a decirle adiós.

Abandonó el despacho con paso firme.

Por la puerta contraria a la que ella acababa de cruzar, penetró Earle. Sus facciones hallábanse descompuestas por la ira.

—Ya lo has oído —exclamó Thorbun sin mostrar extrañeza al verle—. Habrás observado que he hecho todo lo posible, aun violentándome mucho, pues siempre la consideré como una hija mía. No estoy, desde luego, dispuesto a dejarla marchar. Tan pronto como venga a despedirse, la retendré a costa de todo.

—No llegará ese caso —silabeó Goodis, ronco.

—¿Qué te propones?

—Emplear el último recurso.

—¡Dime qué recurso es ése!

—¿Para qué? ¡Bastará con el resultado!

—¡Escúchame!, Earle, ¡si le sucediera algo a la muchacha...!

—¿Qué?

La actitud de Goodis era enérgica, iracunda, dominadora; distinta totalmente a cuando se dirigía a su socio en presencia de los demás.

Thorbun le miró como si le traspasara al responder:

—¡Si le sucediera algo a la muchacha, te mataría!

Y puso tanta firmeza en las palabras que su interlocutor, aunque quiso sonreír, notó que un escalofrío le recorría la espina dorsal.

—No se ponga trágico y tranquilícese. Nada, le sucederá.

Salió con rapidez, preguntó a Audie por Josephine, y dirigiéndose hacia las habitaciones donde supo se encontraba ésta, llamó con los nudillos a la puerta, penetrando antes de obtener permiso.

La muchacha se revolvió como una leona.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo se ha tomado la libertad de entrar sin que se le autorice?

—Calme sus nervios. Tengo que decirle algo de sumo interés.

—Nada que provenga de sus labios me puede importar.

—¡Se trata de su madre!

—¿Eh?... ¿De mi madre?... —murmuró la joven, impresionada.

—Parece —comentó Earle, irónico—, que la cosa no le resulta indiferente. Me congratulo de ello.

—¿Qué puede decirme acerca de mi madre que yo ignore y que justifique esta conversación en mis habitaciones?

—Voy a complacerla pronto. Soy hombre de negocios y cuando

llega la hora de tratar los asuntos en plan comercial no suelo irme por las ramas. No creo necesario repetirle lo mucho que la quiero...

—¡Señor Goodis! ¡Si insiste en hablarme de amor...!

—¡Calma! Le interesa oírme. En mi deseo de apelar a todos los recursos para hacerla mi esposa, he llegado, como usted sabe, a pedir la intercesión del señor Thorbun. ¡Inútil también! Pero yo no soy de los que renuncian a lo que quieren. Estoy locamente enamorado de usted y, como le tengo repetido, lucharé de todas las maneras para hacerla mía. La carta que voy a jugarle ahora espero influya en su ánimo: ¡si no se casa usted conmigo denunciaré a su madre como autora de la muerte de Rufus Colman!

—¿Eh?...

Josephine retrocedió, desorbitados los ojos, entreabierta la boca, hasta apoyarse en la pared.

—¿Qué monstruosidad es ésta? —pudo preguntar al fin—. ¿Cómo ha podido ocurrírsele tal calumnia?

—¡Puedo probar lo que he dicho!

—¿Qué puede probarlo?

Advirtió la muchacha que la abandonaban las fuerzas y sujetóse a la silla más próxima, rechazando con un ademán el intento de prestarle ayuda iniciado por su interlocutor.

Callaron largamente, si bien las pupilas continuaron un diálogo mudo, lleno de recriminaciones.

—¡No es posible! ¡Miente usted!

—Perdono el insulto porque comprendo su estado de ánimo. Aunque no lo crea, me causa pesar esta situación.

—¡Ahórrese frases vanas!

—A su gusto. Dígame cuándo quiere que le demuestre la verdad de mi afirmación.

Tembló Josephine, agitada por horribles temores. La seguridad con que se expresaba aquel hombre era como un cuchillo que le traspasase el corazón y el cerebro.

Haciendo acopio de entereza, dijo:

—No quiero oírle más. Es usted el mayor de los infames.

Goodis hizo una ligera inclinación irónica y se dirigió a la puerta, donde se detuvo para advertir:

—Usted lo ha querido. Dentro de pocas horas vendrán a detener a su madre. Su estado mental la librá de la muerte; pero será

recluida para siempre en una casa de salud.

—¡Espere!

Goodis quedó parado bajo el dintel.

Josephine se había oprimido la frente con las manos. Sufría de modo espantoso. Añadió por fin, resuelta:

—Pruebe que no ha mentido.

—Está bien. Sígame.

Abandonaron la estancia. Goodis iba delante. Preguntó a Audie por Elizabeth y supo que se hallaba en sus habitaciones. Hizo una seña a la joven para que no se detuviese y llegaron ante la puerta de las mismas.

—Quédese aquí y escuche lo que hablemos —dijo a Josephine en tono muy bajo.

Penetró sin llamar ni hacer ningún ruido. Ella quedó inmóvil, aturdida, deshecha, cual si le hubiesen roto los nervios. Poco, a poco, violentándose hasta lo inconcebible, se aproximó más a la puerta, acercando el oído.

Pausa angustiosa. Silencio opresor. Y de pronto, la voz opaca de Elizabeth:

—Sí; maté a Rufus Colman; perseguía a mi hija y yo no estaba dispuesta a que se la llevase.

Josephine no pudo más. Se le nubló la vista, las piernas negáronse a sostenerla y cayó sin sentido.

Lionel, a raíz de su última conversación con Josephine, había salido para continuar sus investigaciones y enterarse de si había ocurrido novedad en torno a Dorothy, cuyas respuestas contradictorias le permitieron atar algunos cabos.

Cuando regresó a la quinta enteróse de que la mujer amada se encontraba indispuesta y se había retirado temprano a descansar.

En el ambiente percibió algo raro que le hizo mirar a unos y a otros con inquietud.

Melwyn se mostraba serio, poco comunicativo; Goodis, por el contrario, rebosaba satisfacción.

A la mañana siguiente Blake, apenas se hubo levantado, preguntó por Josephine.

—Continúa en la cama —le informó Audie.

Resuelto a verla, renunció a salir y tornó a encerrarse, dejando el encargo de que le avisaran tan pronto como la joven abandonase

el dormitorio.

Cuando, al fin, pudo verla, notó que no parecía la misma. Pálida la tez, sin brillo los ojos, fruncidos los labios en un rictus de intensa amargura, desmadejado el cuerpo cual si la vida quisiera escapársele...

El muchacho no pudo dominar una exclamación de asombro doloroso. Corrió hacia la amada, tratando de estrecharla en sus brazos y se contuvo atónito viendo cómo ésta le rechazaba con un ademán.

—¡Josephine!

Sacando fuerzas de donde no había, repuso la joven, con un acento que no parecía suyo:

—He de comunicarte que debes olvidar lo que ayer hubo entre nosotros. No me casaré contigo.

—¿Eh?... ¿Te has vuelto loca?

—Me encuentro... perfectamente.

—Pero... criatura... ¿a qué obedece esa determinación? ¿Qué te he hecho para que me trates así?

—Nada en absoluto.

—¿Entonces?

—He decidido casarme con Earle.

Blake tuvo la sensación de que el suelo faltaba bajo sus pies. Sujetóse fuertemente a una butaca y respiró con fuerza, como si temiera que el aire no llegara a sus pulmones.

Añadió Josephine, con llanto en el tono, aunque sus ojos continuaban secos:

—Perdóname por el mal que te causo... y márchate. Necesito estar sola.

Recobró Blake el dominio de sus nervios y observando atentamente a la muchacha, replicó:

—Vas a decirme las causas de este cambio repentino, ¿me oyes? ¡Habla! ¡No se puede jugar así con las personas... ni te creo capaz de divertirme con tal juego! Aborreces a Goodis; me lo has dicho repetidas veces y sé que no me engañabas; a mí me quieres, lo leo en tus ojos y lo bebí en tus palabras; ¿qué ha sucedido aquí? ¿De qué medios se ha valido ese hombre para que adoptes esta inconcebible resolución?

La había cogido por los hombros y la zarandeaba casi con

violencia. Ella se soltó, señalándole la salida:

—Vete. No quiero darte explicaciones.

—¡Josephine!

—Me marcharé yo si te resistes a obedecerme.

Dio unos pasos hacia la puerta. Lionel la hizo detenerse, alzando la mano.

—No hace falta que llegues a ese extremo. Adiós.

Salió rápidamente y fue en busca del coche. Minutos después partía hacia el centro, llevando una velocidad superior a la reglamentaria. Tardó relativamente poco en detenerse ante el edificio en que estaban los despachos de Thorbun y Goodis, y subió como una flecha al del primero. El millonario hallábase dictando a una taquimecanógrafa y dirigió una mirada desaprobatoria al recién llegado.

—¿Qué quieres?

—Hablarte a solas.

Con gesto de disgusto, despidió Melwyn a la empleada.

—No me agrada que se me interrumpa cuando trabajo —empezó a decir.

Blake le interrumpió:

—Perdona, pero hay cosas que no admiten espera. Ayer, Josephine y yo nos prometimos y hoy ha mudado por completo de opinión, haciéndome saber que va a casarse con Goodis, a quien odió siempre. Quiero que me ayudes a penetrar en esta incógnita: ¿qué significa ese hombre en tu casa... además de socio tuyo? ¿A qué puede obedecer su dominio sobre tu ahijada... y sobre ti también?

El interrogado se removió inquieto. Pese a su voluntad, había acusado el golpe. Trató de sonreír y repuso:

—Tus preguntas carecen de lógica. Goodis es, simplemente, lo que sabes: mi compañero de negocios y un buen amigo. Por lo que respecta a ese problema sentimental... ¿qué quieres que te diga?... Aunque nunca he querido enterarme oficialmente, tengo entendido que Josephine y él se gustan desde hace tiempo y que tenían proyectado el matrimonio. Posiblemente al llegar tú habrían tenido algún disgustillo y ella te acepto para darle celos. Ya sabes cómo son las mujeres. Habrán hecho las paces y... eso es todo. No se me ocurre otra explicación.

—Para haberla urdido de pronto, no está mal del todo.

—¿Qué dices?

—No te ofendas. Admito que tengas motivos para no decirme lo que quiero saber, pero en tus ojos leo que me ocultas la verdad. Bien. No he tenido más objeto al plantearte la cuestión que ver si significa algo para ti.

Dio media vuelta y salvó la distancia que le separaba del despacho de Earle. Éste se encontraba solo, revisando papeles, y se incorporó rápido viendo llegar al visitante, dando unos pasos hacia él.

—Hola, amigo... Pero... ¿qué le ocurre? ¡Está usted desencajado!

En su acento había ironía acusadísima.

Lionel exclamó:

—Vengo a felicitarle por su próximo matrimonio con Josephine; pero mis maneras de felicitar son un poco raras. Ésta es una de ellas, por ejemplo.

Su puño salió disparado, alcanzando a Goodis en el mentón, haciéndole caer sobre la mesa y derrumbarse luego.

Acudieron los empleados que se hallaban en las dependencias próximas; Thorbun había llegado asimismo.

—¡Estás loco! —exclamó éste.

Todos conocían al joven, y ello, unido a su fiera actitud, hizo que ninguno hiciera ademán de acercársele.

—Cuando despierte ese tipo —dijo paseando la mirada sobre unos y otros—, anúncienle que podrá encontrarme para lo que quiera en el «Nuevo Hotel».

Abandonó los despachos, sin prisas.

Ya en la calle, satisfecho del desahogo que le había significado el puñetazo descomunal que diera a su antagonista, tomó el volante y emprendió el regreso hacia el domicilio de Melwyn. Recogería sus cosas a fin de instalarse en el hotel anunciado.

Poco a poco, el inspector del F.B.I., fue imponiéndose al hombre y se censuró duramente por su manera de comportarse. ¡Pero ya estaba hecho!

Y pensó que si no podía seguir entrando en la casa libremente, lo realizaría de modo subrepticio.

Al entrar se le cruzó Audie. Al joven antojósele más espectral

que nunca.

—Voy a preparar mis bártulos —dijo—. Cuando esté todo dispuesto, ocúpese de que me los lleven al «Nuevo Hotel».

—¿El señor nos deja?

Asintió Blake sin palabras y continuó hacia arriba...

Llevaría apenas diez minutos arreglando sus enseres cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Llaman al señor al teléfono —anuncióle Audie.

Acudió el joven, oyendo, extrañado la voz de Melwyn:

»—Escucha, Lionel: lo que has hecho es una locura y... como tal disculpable. El propio Goodis acaba, de reconocerlo después de la conversación que hemos sostenido. Se da cuenta de lo que es un hombre celoso y no te guarda rencor. Espera a que lleguemos. No quiero que te marches de mi lado. Sería de mal gusto, en todos los aspectos, que no teniendo en El Cairo más familia que yo, te hospedases en un hotel. ¿Me oyes?...

—Perfectamente.

»—Y ¿qué me contestas?

El cerebro de Blake trabajaba con velocidad de vértigo. Nada podía haber ocurrido que le agradase más. Dióse cuenta de lo significativo que aquello resultaba y una sonrisa enigmática se dibujó en sus labios.

Insistió la voz de Thorbun:

»—¡Estoy esperando!

—Eres muy generoso, tío, y Earle demuestra serlo igualmente.

»—Déjate de cumplidos. ¿Te quedas?

—Pues...

»—¡No vayas a decir que no!

—Está bien. Gracias. Acataré tu deseo.

Lionel oyó cómo al otro lado del hilo sonaba un suspiro de persona que se ha librado de un gran peso.

CAPÍTULO IX

QUITANDO ESTORBOS DE EN MEDIO

Judy, dada de alta aunque no restablecida por completo, abandonó el hospital y se trasladó a un hotel.

La vigilancia que se ejercía sobre su persona era discreta... demasiado discreta; tanto, que pasadas las jornadas primeras hubiera podido decirse que no existía en realidad. Ello contribuyó a que la actriz no la advirtiera lo más mínimo.

Blake se había dado cuenta y dedicaba gran parte de su tiempo a realizar personalmente lo que la Policía descuidaba. Tenía plena confianza en que aquella mujer era, si no la clave del enigma, un punto fundamental que le ayudaría a descifrarlo.

Con nombre supuesto alquiló una habitación contigua a la de la artista, donde pasaba horas, adoptando precauciones cada vez que entraba o salía.

Para substituirle durante los lapsos en que no le resultaba posible estar allí, contrató los servicios de un detective particular recomendado por la Embajada.

Judy había mejorado, como dijimos, pero aquel alivio, otorgado por la naturaleza, sufrió un duro quebranto. Lo originó el propio Blake en una de las visitas que hizo a Judy para interesarse por su salud.

Habían hablado de cosas diversas cuando de pronto, sin conceder importancia a sus palabras, anunció:

—Pronto estaremos de boda en la quinta de mi pariente. Su ahijada va a casarse con Earle Goodis.

La actriz se puso intensamente pálida; sus bellos ojos se desorbitaron; se le cortó la inspiración durante varios segundos.

—¿Qué te ocurre? ¿Te sientes peor?

Todos los afanes de la aventurera por estar en guardia habían fallado ante aquel golpe rudo.

Negó con la cabeza, esforzándose en hablar aunque sin conseguirlo en los primeros momentos.

Díjose que había estado torpe; aquello debía ser una añagaza del «sabueso» y estaba en el deber ineludible de ponerse a tono; pero ya era tarde. Su interlocutor había captado perfectamente el efecto producido, aunque su actitud expresaba inocencia suma.

—Un ligero vahído... —explicó al fin—. Me sucede de cuando en cuando. Todavía me falta mucho para encontrarme bien.

—Me has asustado. ¿Quieres que llame al médico? —No... gracias... Pasó ya.

—Será mejor que te deje, para que reposes. Queriendo distraerte te he aturrido con mi conversación insulsa. ¿Qué te importan esos comadremos domésticos? Perdóname.

—No hay de qué. Agradezco tu buena intención.

El inspector tardó poco en retirarse... para volver pronto, discretamente caracterizado, como huésped de la habitación contigua a la ocupada por Judy.

Ésta, apenas se vio sola, marcó un número en el teléfono.

—¿El señor Goodis?

—¿De parte de quién?

—De Judy. Con eso basta.

Earle acudió. El aviso le hizo brincar. La actriz nunca le había telefonado.

»—¿Qué ocurre?

—Necesito hablarte, cara a cara.

»—No puedo ahora.

—¡Si no vienes iré a buscarte yo!

»—¿Estás loca?

Por toda respuesta, Judy colgó el auricular.

Dejóse caer, desplomada, sobre un sillón próximo. Aquello, aunque intentaba convencerse de que era mentira, le había hecho mucho daño.

Antes de que hubiera transcurrido media hora, Earle hallábase ante ella.

—¿Puedo saber qué te ocurre para conducirte de este modo? —preguntó, desabrido, a guisa de saludo.

Judy, alzándose con dificultad, le deslizó las manos hacia el cuello y miró fijamente a los ojos.

—¿Es cierto que vas a casarte con la ahijada de Melwyn Thorbun?

Goodis ya estaba preparado para tal contingencia. En buena lógica, cualquier día haríase pública la noticia de su próxima boda y Judy acabaría enterándose; incluso pensó repetidas veces en decírselo antes que nadie, si bien llegado el momento lo aplazaba para mejor ocasión.

Con afectada frialdad, repuso:

—¡Ah!... ¿Se trata de eso?

—¿Te parece poco? ¡Dime ahora mismo que es mentira!

—Cálmate, pequeña, cálmate. Los problemas hay que enfocarlos con tranquilidad. Tanto tú como yo tenemos experiencia suficiente para saber que las precipitaciones no conducen a nada útil. Aquí se trata de un asunto comercial, ¿entiendes? Si no te he hablado antes de ello ha sido por consideración a tu estado de salud; pero siempre, desde que nos encontramos en esta ciudad, tuve el propósito de exponerte el asunto.

La actriz le miraba con ojos de espanto. No podía ya caberle duda, oyendo el exordio, de que Blake le había dicho la verdad. Y era tal su nervosismo, tantas su ira y angustia amalgamadas, que no encontraba la frase justa para la réplica.

Continuó el miserable:

—Te quiero a ti, sólo a ti. En mi vida no hay más que una mujer y esa mujer eres y serás tú siempre; pero no podemos ser insensatos hasta el punto de permitir que la pasión nos ciegue llevándonos lejos de la fortuna. La ahijada de mi socio va a ser multimillonaria; la enorme fortuna de éste, compuesta en más de la mitad por bienes gananciales, será heredada por la muchacha, puesto que también su madrina, la esposa de Thorbun, lo dejó dispuesto de esa forma antes de morir. Yo necesito que esos millones pasen a mi poder... ¿vas comprendiendo? Mi socio morirá pronto... muy pronto...; a los dos meses o por ahí de mi boda sufrirá un accidente. Y cuando el dinero, todo su dinero, sea mío, desapareceremos tú y yo de estas latitudes, para vivir ya siempre juntos, ricos y felices.

Judy había logrado dominarse un poco. Siempre había ejercido aquel hombre un poderoso hechizo sobre su voluntad; ahora, no:

aun creyéndole, incluso admitiendo, como en parte admitía, que sus verdaderas intenciones respondieran a lo que acababa de decir, no bastaba ni mucho menos para que se diese por satisfecha.

—¡Eres un miserable! —dijóle entre dientes.

—¡Judy!

—No me interrumpas. Yo no te he interrumpido. Eres un miserable, pero a pesar de ello... te quiero con locura. Y es mi cariño, precisamente, el que rechaza tu plan. Necesito ser sola en tu vida. No tolero que entre nosotros se interponga otra mujer, aunque llegue cargada de millones y a ti no te inspire el menor deseo. Tú y yo solos. Así me lo has prometido muchas veces y así lo tienes que cumplir. De lo contrario... nos hundiremos los dos.

—¡Calla!

—Sí; callaré. Ya he dicho bastante para que sepas cuál es el camino que te conviene.

Continuó Earle aduciendo argumentos en distintos tonos, empleando la fuerza persuasiva que tantos resultados le dio siempre con la artista, pero no adelantó un paso siquiera.

La desagradable entrevista terminó prometiendo Goodis buscar un pretexto para romper sus relaciones con Josephine.

Desde su observatorio, Blake escuchó gran parte de las cosas que dijeron, no obstante el tono bajo que empleaban los interlocutores. Varias veces, de haberse dejado llevar por un impulso, hubiera entrado allí y deshecho entre sus manos al gran canalla; mas logró contenerse: no podía permitir que el hombre dominase nuevamente al inspector. El deber imponíase, exigiendo calma y serenidad.

Su trato con Earle a partir del día en que le diera el puñetazo, caracterizóse por una corriente de frialdad difícilmente enmascarada. Procuraban no coincidir en la mesa, y cuando las circunstancias les reunían en algún sitio, encontraban uno u otro pretexto para desaparecer.

Tan pronto como hubo terminado la conversación entre Judy y su compinche —conversación que quedó grabada en una cinta magnetofónica hábilmente dispuesta por Lionel—, dejó éste en su puesto al detective particular y se dirigió al domicilio de Thorbun.

Durante el trayecto, en el mismo coche, apenas hubo dejado tras sí las últimas casas, quitóse los postizos que le desfiguraban el rostro.

Divisó a Josephine en el trozo de jardín cuidado, pero hizo como si no la viera y continuó adelante.

Desde que sobrevino la ruptura de su recién nacido compromiso amoroso no habían vuelto a hablar a solas. Ninguno de los dos lo procuró. Blake daba a entender que no pretendía estorbar en lo más mínimo el proyectado enlace. Sin embargo, nada más lejos de su imaginación. Esperaría hasta última hora; pasaría, incluso, por la firma de esponsales, acto acordado para muy en breve; pero si llegaba el momento del matrimonio y él no había descifrado del todo el enigma; si ni siquiera Judy, al verse relegada, tiraba del velo descubriendo cuanto supiera acerca de Goodis, airearía el substancioso diálogo recogido en la cinta magnetofónica, con el cual habría suficiente para suspender la boda y encarcelar al que, según propia confesión, disponíase a asesinar a Melwyn, provocando un accidente en el momento oportuno.

Pero el joven deseaba no verse precisado a recurrir a tal medio, pues, aunque consiguiera la prisión de su enemigo, quedaría en las sombras todo lo demás que él se había propuesto sacar a luz.

Buscó a Elizabeth, sobre la cual iba ejerciendo de hora en hora más poderoso influjo, y estuvo con ella largo rato, viendo con alegría cómo adelantaba en la aplicación de su sistema.

No se trataba sólo de complacer a Josephine curando a su madre; era también que el muchacho tenía la corazonada de que la demente llegaría a revelarle cosas trascendentales, pues no era lógico suponer que Goodis la tuviera casi siempre sometida a su voluntad por simple distracción.

Judy releía un plieguecillo escrito a máquina, sin firma, que acababa de recibir:

«Mañana tendrá lugar la firma de esponsales. No te apures ni excites. Trato de conseguir alguna ventaja de la situación. Cumpliré, de todos modos, mi palabra, no llegando a la boda».

Hallábase rendida y débil, más que como consecuencia del atentado, a causa del sufrimiento moral que le producía la actitud de Earle.

Aquellos renglones contribuyeron a reanimarla, más sin que la

vista de los mismos lograrse anular del todo sus dolorosas inquietudes.

De cuando en cuando sus labios se movían para repetir como una muletilla: «¡Si me traiciona...!».

No terminaba nunca la frase, pero el fulgor de sus pupilas era mucho más elocuente que cuantas palabras hubiera podido agregar.

Como de costumbre, Judy se durmió dejando encendida una débil luz azul, pues no le había gustado nunca dormir totalmente a oscuras.

Transcurrió algún tiempo.

Una ganzúa se movió, sin ruido en la cerradura. Muy lentamente la puerta comenzó a abrirse, hasta, dejar paso a un hombre cuyo rostro hallábase cubierto por negro antifaz.

Con pasos felinos, el enmascarado aproximóse, al lecho. Esgrimía un puntiagudo cuchillo. En el instante de levantar el brazo, la artista, cual si una fuerza ignorada la moviera, abrió los ojos. Lanzó un grito, de horror y con las manos quiso defenderse del golpe fatal. El asesino, soltando incontenible maldición, la apuñaló ferozmente cercenando algunos dedos de la mano que se le oponía. Oyó en aquel momento pisadas a su espalda y se revolvió, enloquecido.

Blake estaba allí, apuntándole con una automática.

El criminal le arrojó la sangrante hoja de acero. El inspector supo eludirla y entonces aquél, ciego, sin reflexionar, buscó en un bolsillo la pistola. Apretó Lionel Blake el gatillo. Una bala fue a clavarse en el pecho del enmascarado, quien dio unos maquinales pasos hacia adelante y cayó de bruces.

Lionel, firmemente empuñada el arma, le arrancó el antifaz. No le conocía. Judy, en cambio, que no había perdido el conocimiento, lanzó un nuevo grito y quedó exánime.

Fuera, produjéronse exclamaciones y se oyeron pisadas presurosas. Comprendió Lionel que la huida era imposible y acudió hacia los que llegaban.

—¡Aquí! ¡Vengan!

El vigilante nocturno, el detective del hotel, los camareros de guardia y varios huéspedes que no se habían dormido todavía, acudieron anhelantes.

Explicóles el joven.

—Mi cuarto es ese de al lado. Estaba leyendo cuando oí un grito en éste. Llegué en el momento en que Dorothy Cadwell luchaba con ese asesino, que logró apuñalarla. Él se revolvió entonces contra mí y le he disparado. Llamen a la Policía.

Nadie puso en duda sus palabras. Los comentarios crecieron. Desmayóse una mujer. Acudió el gerente.

Blake, a la par que comunicaba la concisa versión de los hechos, inclinábase sobre Judy, comprobando que alentaba aún.

—¡Un médico, inmediatamente, por favor!

Taponó la herida y fue entonces hacia el criminal, al cual rodeaban varias personas sin atreverse a tocarle. Respiraba también y repitió la operación que verificase con la actriz.

Precisamente había un médico en el hotel y acudió a los pocos minutos.

—Muy graves los dos —dijo apenas hubo apreciado las heridas.

—¿Teme usted, entonces, que mueran? —inquirió Blake.

Asintió el galeno, a la par que llevaba a cabo una cura de urgencia.

No tardaron en aparecer un comisario de policía y varios agentes. Lionel repitióles lo que antes dijera.

Lleváronse a efecto las formalidades protocolarias y el comisario decidió luego, encarándose con Blake:

—Tendrá usted que acompañarnos.

—Lo he supuesto. Pero... ¿me permitirá antes que telefonee al Jefe Superior de Seguridad?

El comisario hizo un gesto de asombro.

—¿Usted pretende...?

—Lo que he dicho.

—¿Ha estas horas...?

—Todas son buenas cuando las circunstancias lo exigen.

Dio su conformidad el que escuchaba y Lionel, tras varios intentos, pues la persona aludida dormía plácidamente, logró la comunicación. Luego de haber dado su nombre, sin que el comisario hubiera llegado a percibirlo, explicó el drama y acabó diciendo:

—Le suplico ordene a estos subordinados suyos que me conduzcan inmediatamente a presencia de usted. Tengo algo reservado y de importancia que añadir.

Aunque el humor de aquella autoridad máxima no pecaba de bueno, se avino a la súplica. El comisario, puesto al aparato, recibió instrucciones en el sentido deseado por Blake.

Dispusiéronse a partir.

La voz del médico sonó anunciando:

—Este hombre ha muerto.

Rechinaron los dientes de Lionel y maldijo su buena puntería. Imposible ya obtener las declaraciones que hubieran podido arrancarse al asesino.

—¡Mala suerte! —barbotó.

Salieron. Un coche les condujo al domicilio del que ya les aguardaba. Éste, no reconociendo de momento al joven bajo su disfraz, torció el gesto, chispeándole los ojos. Blake haciéndose cargo de la situación, apresuróse a decir:

—Soy quien le he anunciado... aunque no lo parezca, y deseo hablarle a solas.

Una seña leve resultó suficiente para que el comisario, no acertando a comprender lo que significaba todo aquello, abandonase la habitación.

—Sigue usted jugando a «policías», ¿verdad? —preguntó el jefe. Y en su acento había amenazadora censura.

—Dictamine usted acerca de mí «juego» cuando me haya escuchado. Confío en que sepa disculparme por no haberme presentado hasta ahora como quien realmente soy. Los procedimientos de nuestro organismo son especiales. Hubiera preferido que no llegase esta ocasión, pero ya no hay remedio. He matado a un hombre y aunque ese hombre había apuñalado a una mujer y se revolvíó contra mí, arrojándome el cuchillo con que taladró a su víctima, y empuñando luego una pistola, me vería envuelto en una serie de trámites que deseo evitar, sobre todo por lo que se refiere a pérdida de tiempo. Ahora, tenga usted la bondad de ver mi documentación.

Entregó lo dicho.

—¡Inspector del F.B.I.! —exclamó el jefe, exteriorizando grata sorpresa—. ¡Caramba, caramba, con el novelista!

—Una cosa no excluye la otra.

—Desde luego, querido amigo. Y si antes le admiraba, ahora le admiro más.

—Es usted muy amable. ¿Puedo aspirar, entonces, a que se me den facilidades...?

—¡Todas las que necesite!

—Creo inútil recomendarle la conveniencia de que esto quede entre nosotros.

—Esté tranquilo. Y ahora dígame, por favor: ¿su estancia aquí obedece a fines profesionales?

—De todo hay un poco. Si me ayuda la suerte creo que no transcurrirá mucho tiempo sin que haya puesto en sus manos ciertos elementos peligrosos.

Sin extenderse demasiado, amplió un poco sus propósitos. Minutos más tarde abandonaba la casa. El comisario recibió la orden de no molestarle en absoluto.

CAPÍTULO X

LOBOS DE LA MISMA CAMADA

Earle se levantó temprano. Los nervios no le habían permitido dormir apenas. Sorprendíale que el asesino a sus órdenes a quien encomendó «el servicio» de acabar con la vida de Judy no le hubiese llamado, para darle cuenta del crimen con las palabras que previamente convinieron.

Tras no pocas vacilaciones, telefoneó al hotel preguntando por Dorothy. La noticia que le dio el conserje hízole arrugar profundamente el ceño:

—Esa señorita ha ingresado otra vez en el hospital. Anoche la hirieron gravísimamente.

¡Herida gravísimamente! ¡Luego no estaba muerta! El peligro subsistía, agudizado incluso, pues entraba en lo posible que Judy, suponiendo de dónde había provenido el golpe, dijese lo que él había querido evitar haciendo que le sellasen los labios.

Solicitó detalles, y el informador, teniendo en cuenta la personalidad del que los pedía, se los dio extensos.

Quedó hondamente preocupado.

La firma de esponsales iba a tener lugar aquella mañana a las doce. Le sobraba tiempo para averiguar personalmente el estado de la mujer a quien tanto temía.

Guiando él mismo el coche llegó al hospital. El médico de guardia, creyendo darle una buena noticia, le anunció:

—Cabe en lo posible que se salve.

—Quisiera verla.

—El director ha prohibido terminantemente que se la visite.

Hubo de resignarse a regresar sin haber conseguido su propósito.

Cuando llegó a la quinta, todo estaba dispuesto ya para el acto.

Pronto llegarían el juez, los testigos y algunos invitados de honor.

Josephine parecía una muerta. Sus ojos no tenían fulgores y el color de su tez era terroso.

Tampoco Melwyn mostrábase muy animado, aunque se esforzaba en disimular, y hasta habló cariñoso a la novia acariciándole la barbilla.

—Estás muy pálida. Deberías retocarte un poco.

Contestó ella con una sonrisa triste y alzóse levemente de hombros.

Audie iba de una parte a otra, vigilando los pormenores de la comida con que se celebraría el acontecimiento.

Los primeros convidados fueron haciendo acto de presencia y, ajenos al drama interno que allí flotaba, poblaron el ambiente de risas y bromas. Entre estos hallábanse el Jefe Superior de Seguridad y varios comisarios e inspectores del Cuerpo.

Mientras, en las habitaciones de Elizabeth desarrollábase una escena interesante: Blake ponía en juego todos los recursos que poseía de psiquiatra con el fin de conseguir que aquella voluntad se fuera doblegando del todo a la suya, desterrando el influjo que, aun a distancia, ejercía Goodis.

Logró por fin su objeto tras ardua tarea y, considerando llegado el momento propicio, le habló, grabándole las palabras en el cerebro:

—Su hija, el gran amor de su vida, va a casarse con Earle Goodis, ¿se entera? Dentro de pocos minutos firmarán los esponsales. Abajo estarán ya, probablemente, los testigos, el juez... ¡Fíjese bien, señora Neale! ¡Se va a casar con Goodis! ¡Y no debe casarse! ¡Porque Goodis es un canalla, un asesino! ¿Verdad que lo es? ¿Verdad que usted puede demostrarlo?

La paciente abría mucho los ojos, en los cuales reflejábanse ráfagas de luz intelectual.

Continuó Blake:

—Él no la ama; quiere convertirla en su esposa para hacerse dueño de la fortuna que le legue Melwyn Thorbun. Luego abandonará a Josephine y huirá con otra mujer. Yo he sorprendido su secreto. ¿Me escucha bien? ¡Quiero que me preste la máxima atención! ¿La está prestando?

Elizabeth hizo un gesto afirmativo. Las luces de sus pupilas se

avivaban.

—Imagínese la suerte que espera a Josephine: un hombre sin escrúpulos, un malhechor de la más baja especie va a hacerla su esclava, a mancillar su cuerpo con las babas de besos nauseabundos; a envenenar su alma para después fugarse, gozoso de su maldad. ¡Eso es lo que debe impedir si su corazón de madre no está muerto todavía! ¡Se trata de la hija de sus entrañas!

Le clavaba las palabras como con un martillo, insuflando a la oyente toda la ansiedad de sus propios deseos.

—¡Venga!... ¡Venga conmigo!

Cogiéndola de un brazo la hizo salir a la galería, desde la cual divisábase cuanto estaba sucediendo abajo.

La voz de Lionel sonó ahora sibilante junto al oído de la enferma:

—¡Mire!... ¡Mire bien!... Fíjese en la cara de Josephine, que lleva la muerte en el alma; en la de Earle Goodis; es como la de un ave de rapiña. Repare en el parecido que tiene con un buitre. Sí, es eso: un buitre que va a devorar a su presa; ¿verdad que es un buitre? Usted le ve como tal, ¿no es cierto?... ¡Y no consentirá que la devore! ¡Siga mirando! Ese que llega es el juez que certificará el monstruoso hecho. Esos que se aproximan son los testigos. ¡Vea, vea cómo sonríen todos celebrando de antemano el sacrificio de la víctima! ¡Ya se acercan a la mesa! ¿No vislumbra las manos misteriosas que empujan a Josephine?

Estalló un grito estridente, desgarrado, que produjo escalofríos:

—¡Quietooooo!

Todas las miradas volviéronse hacia arriba.

Elizabeth, envolviendo a la concurrencia en la lumbre de sus ojos, comenzó a descender por la escalera con majestuosa lentitud. Se detuvo a la mitad, lanzando la acusación que Lionel le clavara en el cerebro:

—¡Mi hija no puede casarse con un asesino!

Armóse un revuelo indescriptible. Melwyn y Earle quisieron imponerse; Josephine corrió hacia la que le había dado el ser; pero ésta se mantuvo firme, cual si no oyera ni viese más que lo que llevaba dentro de sí.

Descompuesto, tronó Goodis:

—¡Está loca! ¡No habrá más remedio que encerrarla!

Reanudó ella el pausado descenso. La concurrencia, atónita, le abría paso.

Goodis, viendo acercarse a Elizabeth, retrocedió instintivamente. Paróse ésta de nuevo y le señaló enérgica a la par que repetía:

—¡No puede casarse con un asesino y tú lo eres!

¡Tú mataste a Rufus Colman!

De todas las gargantas brotaron exclamaciones de estupor. Earle estaba lívido. Los ojos le giraban en las órbitas.

Continuó, inflexible, la acusadora:

—Le asesinaste para quitarle unos documentos cuyo precio habíais convenido y te quisiste ahorrar, y le enterraste bajo los tilos viejos del jardín. ¡Te ayudó ése; ese que luego se llevó lejos el coche de la víctima!

Y apuntó hacia Audie, quien en aquel instante parecía, más que nunca un esqueleto vestido.

—¡Maldita bruja! —rugió el criado, tratando de lanzarse sobre ella. Blake, surgiendo inopinadamente, cayó sobre él, y de un puñetazo le tumbó sin conocimiento.

Goodis, realizando el mayor esfuerzo de su vida por dominarse, esbozó una sonrisa.

—Lamento, señores, el incidente. Se trata, como notarán, de una pobre perturbada. Continuemos...

—¡Bajo los tilos viejos! —ratificó Elizabeth.

Lionel había empuñado una pistola, sin sacarla del bolsillo, y se colocó ante Earle. Su acento tuvo matices de ironía y dramatismo al preguntar:

—Suponemos no tendrá usted inconveniente, en que se lleve a cabo la comprobación de lo que acabamos de oír.

Cuando el acusado se disponía a responder, quedó lívido, suspenso, produciendo la impresión de que la materia de que estaba formado iba a desintegrarse por efectos de una radiación atómica: En la puerta principal enmarcábase la figura de Judy. Tenía vendadas las manos; jadeaba; por el escote le asomaban gasas sangrientas; sus pupilas mortecinas, estáticas, claváronse en el malhechor.

—¡Jefferson Berrowodale! Me he escapado del hospital para quitarte la máscara y empiezo por descubrir tu verdadero nombre. ¡Reconocí anoche a Huner, tu secuaz predilecto! ¡Tú le enviaste a

que me matara! Lo conseguisteis. Me estoy muriendo. Pero me han quedado fuerzas para llamarte públicamente asesino, espía, traficante en drogas...

No pudo continuar. Quiso agarrarse a las paredes, pero el acopio sobrehumano de energías que había hecho se consumió en aquel último esfuerzo y sus manos heridas resbalaron arrancando polvo con las uñas rotas. Su cuerpo no alentaba ya cuando cayó.

El hombre a quien todos conocían en El Cairo por Earle Goodis, aterrorizado, herido por las miradas acusadoras que partían de todos los rincones, retrocedió sin volver la cara, paso a paso, y de pronto, saltando Sobre el cadáver de Judy, traspasó el umbral.

Imitándole en celeridad, Blake saltó también. Los demás, en su mayoría, les siguieron. Melwyn, apretándose la cabeza entre las manos, sollozó casi:

—¡Es horrible!... ¡Horrible!... ¡Que yo haya tenido depositada mi confianza en un criminal, en un espía...!

Sus frases llegaron a oídos de Jefferson Berrowodale en el momento en que Lionel le alcanzaba.

Trabóse entre los dos hombres una despiadada lucha. Lionel aventajaba a su enemigo; pero éste, sacando fuerzas de la desesperación, consiguió librarse del mortal abrazo, alejarse unos pasos y volverse empuñando una pistola.

No pudo hacer blanco: Blake, con una celeridad que había contribuido a hacerle famoso, hizo fuego un segundo antes, alojándole en el vientre dos balas.

Dejando caer el arma, Jefferson se llevó ambas manos a la parte herida y cayó pesadamente.

Thorbun, como enloquecido, sintiendo la necesidad de rematarle pronto, sacó una automática. Un certero golpe del inspector del F.B.I., la hizo saltar antes de que pudiese hacer uso de ella.

Los entreabiertos labios del agonizante dibujaron un rictus feroz, relampaguearon sus pupilas como si los últimos vestigios de vitalidad se hubieran refugiado en ellas y dijo agitado por los estertores:

—¡No te quedarás riendo, Thorbun! ¡Sería yo idiota si a la hora de perder te dejara a ti ganancioso —paseó la estrábica mirada sobre todos y añadió—: Melwyn Thorbun es el jefe de una de las organizaciones de espionaje más importante del mundo!

Tales palabras produjeron el efecto de porrazos en los cerebros de cuántos escuchaban.

—¡Mentira! —rugió Melwyn.

Y trató de mostrarse por encima de las circunstancias, pero al mismo tiempo paseó en derredor la mirada.

Un círculo compacto se le había cerrado en torno.

Añadió el agonizante, gozándose en el satánico placer del daño que producía:

—Aun siendo norteamericano, el odio a su país por el daño económico que en determinada época le hizo, empujó a ese hombre a la traición. Yo me refugié en El Cairo porque le sabía en el deber de protegerme. Juzgándole capaz de todo bajo su capa de pacífico, recogí pruebas de sus actividades y las dejé bajo sobre lacrado en manos del notario Evans con la orden, de que se abriese si yo moría de modo anormal. Se lo dije a él y obtuve así su respeto y sumisión. ¡Le acuso de ser el fantasma asesino! ¡Disfrutaba calificándose así! ¡Mentira la torpeza de sus piernas! Ideó ese truco en previsión de eventos. Mató a Rufus Colman, no para robarle los papeles, como ha dicho la loca, puesto que estaba acordada la venta y el dinero le importaba poco, sino por el placer de matarle. Cuando éste, luego de estipulado el precio en la cena, fue a recoger el objeto de su traición, Melwyn le aguardaba en el jardín y llevó a cabo su obra. Audie y yo le ayudamos a enterrarle. ¡Somos lobos de la misma camada!

Thorbun rugía y rechinaba los dientes. La idea de la fuga se le fijó en el cerebro, pero no hallaba la oportunidad. Todos mostrábanse tan pendientes de él como de Jefferson.

Blake se inclinó ante este último, hablándole cual si sus palabras fueran balazos:

—Usted verificó en el teatro el asesinato de Judy Weismuller, conocida como Dorothy Cadwell. Se dio cuenta de que ella le había reconocido y en el primer entreacto aprovechó un descuido del regidor para deslizar una bala en la pistola. Usted organizó los atentados contra mí. Todos los que quisieron matarme eran secuaces suyos, pero torpes, muy torpes. Usted, sugestionando a la señora Neale, la hizo entrar en mi cuarto para que me apuñalara. Fue usted quien me lanzó el cuchillo en las tinieblas...

Una risa escalofriante, la última, entreabrió los labios del

moribundo.

—Es usted muy sagaz... muy sagaz...

Los comisarios de policía se habían ido deslizando hasta colocarse tras Thorbun, Al notarlo éste, tuvo un acceso de desesperación, sacó una pistola, acabó con el agonizante y gritó como un energúmeno:

—¡Paso!

Se apartaron muchos. Uno de los comisarios hizo fuego, aunque no con intención de matarle. Se revolvió él, respondiendo a tiros. Otro representante de la ley, entonces, le acribilló.

Mientras, Elizabeth lloraba tratando de reanimar a su desmayada hija.

Horas más tarde, Blake explicaba a las autoridades competentes:

—Cuando fue eliminada la banda a que pertenecía Jefferson Berrowodale y éste escapó, se hicieron infinidad de gestiones. Resultaron infructuosas, más no por eso se desistió de las mismas. El F.B.I., no abandona nunca sus empresas. No le conocíamos personalmente. Sólo estábamos enterados de su nombre y de que era un sujeto peligroso, así como de algunas señas y datos que nos facilitó uno de los espías heridos, poco antes de morir. Transcurrió el tiempo. Los elementos de nuestra organización comenzaron a señalar El Cairo como punto de donde partían grandes maquinaciones internacionales. Fue cerrándose el cerco. Entre las personas indicadas como sospechosas, figuraba Melwyn Thorbun. Esto, lejos de frenarme, me decidió a pedir que se me encomendase el asunto. Alenté la esperanza de que fuera inocente y quería convencerme por mí mismo para así proclamarlo. Procuré que se me acogiese en su propio domicilio. Hora tras hora, fui llegando al convencimiento de que no se hallaban en un error los que desconfiaban de él.

»En cuanto a Jefferson... sus señas coincidían con las que poseíamos. Le observé atentamente, llevando a cabo averiguaciones en torno a su persona. La señora Neale, sin darse cuenta, me ayudó mucho. En repetidas ocasiones, mientras la tuve sometida a tratamiento, le arranqué palabras sin aparente sentido, pero que me servían para formar un todo. Tenía yo casi la seguridad de que en su plan de alma en pena, vagando a todas horas entre las sombras,

habría sorprendido cosas de interés en aquella mansión del misterio y del crimen. Hace poco me ha confesado que era el miedo a Jefferson y a que Josephine perdiera su bienestar lo que sellaba sus labios. Fue necesario el efecto definitivo para que, obedeciendo mi influjo, se decidiera a hablar. El hecho de haber encontrado el cadáver de Rufus Colman donde ella declaró, prueba hasta qué punto estuvo fundada su impresionante acusación. Ha sido una suerte que el temor a Jefferson a ser eliminado por Thorbun le indujese a depositar el sobre lacrado en poder del notario Evans, toda vez que gracias a ello la organización de espionaje a que me refiero ha quedado deshecha y sus componentes detenidos o muertos. Mi misión llegó a su fin. Me duele haber contribuido al exterminio de una persona que llevaba mi sangre, pero el parentesco es muy remoto y, por otra parte, ¡el deber es ante todo!

Pero Lionel no emprendió el viaje de regreso tan pronto como se lo propuso. Josephine se le presentó diciendo:

—¡Llévame contigo! Deseo abandonar cuánto me rodea, y, sobre todo, no podría vivir sin ti. Renuncio a la herencia de mi padrino... aunque me resulte imposible ofender la memoria de su esposa desdénando lo que ella me legó.

La boda se llevó a cabo pocas semanas más tarde. Elizabeth sonreía. De su mente iban desapareciendo las brumas. Tardaría en sanar por completo, pero el joven psiquiatra confiaba plenamente en conseguirlo.

El día de la marcha, entre las personas que acudieron a despedirles, divisó Lionel, semioculto, al «sonriente musulmán».

—¡Ya me iba sin atar este cabo! —dijo el inspector, disponiéndose a abalanzarse sobre el extraño personaje.

Josephine, dándose cuenta de lo que ocurría, le contuvo:

—No hace falta que te molestes. Vendrá él mismo. ¡Aproxímate, Mohamed!

El mahometano obedeció, ampliando, su sonrisa.

—¿Qué significa esto? —quiso saber Blake, atónito.

—¿Tu gran perspicacia no adivina lo que hay en el fondo de este simple detalle?

—Confieso que no.

Dirigióse la joven al musulmán, quien se había detenido a dos pasos de donde ellos se encontraban.

—Explícaselo, Mohamed.

—¿Tú lo mandas?

—Yo lo ruego.

—¡Mohamed te llamas! —interrumpióles Blake—. ¿Eres, quizá, el hombre a quien quiso servir Zoraida, «Perla de Oriente», como le llamaba yo?

Dejó el interrogado de sonreír. Una sombra de tristeza le cubrió el rostro.

—Yo soy —dijo al fin—. Nos amábamos... aunque no podíamos unir nuestras existencias. Cuando la conocí, era la esposa de otro hombre, de otro hombre que la dominaba induciéndola al mal, de aquél a quien tú mataste cuando ya le había apuñalado. Le pedí, al enterarme de que había querido perderte, que se convirtiese en tu protectora.

Hubo un silencio triste. Blake lo interrumpió, inquiriendo:

—Pero todo eso, ¿por qué?

Josephine murmuró:

—Descubrí, a poco de tu llegada, detalles que no podía concretar del todo, pero que me hicieron temer; A eso se debió que te hablase en distintas ocasiones de mi miedo y hasta te sugerí que te alejaras, sin perjuicio de recabar la ayuda de este buen amigo.

El mahometano aportó, en perfecto inglés:

—Debo a la señorita Josephine la vida de mi madre, que hubiera sucumbido de inanición sin su generosa ayuda, y mi propio bienestar. Me honro considerándome su esclavo aunque ella se niegue a ser mi ama. Ese día a que alude, me dijo: «El hombre a quien adoro tiene enemigos poderosos. Protégele, sin que sospeche que es cosa mía, pues es soberbio y renunciaría a la salvaguardia». El mejor modo de evitar que pudiera escapárseme alguna palabra imprudente, era fingir que no conocía tu lengua. Desde que esta mujer a quien amas te mostró a mis ojos sin que lo advirtieses, me convertí en tu sombra.

Blake le tendió la mano. Mohamed, inclinándose, la puso, un momento sobre su cabeza.

—Reconozco que os debo la vida —exclamó el inspector.

—A mí no me debes nada —refutóle el musulmán—. A ella. Todo a ella.

Lionel había estrechado a Josephine por la cintura, susurrando:

—¡Quizá algún día logre pagarte!

—¿Algún día, dices? No, no. Empieza hoy. Sólo tienes una moneda que me satisfaga: ¡tus besos!

Y en presencia de cuántos les rodeaban, le brindó los labios. Blake, gozoso, los aprisionó con los suyos.

FIN

LA LLAMABAN...

LA DAMA DE LOS NENUFARES

Tras ese nombre, siempre pronunciado con
miedo y con respeto, aguardaba

LA MUERTE

y eran muchos los que habían sucumbido,
doblados por las balas, tras ver una de las
enigmáticas sonrisas de

LA DAMA DE LOS NENUFARES

¿Quién era? ¿Qué misterio se ocultaba
tras ella?

El formidable escritor,

PETER DEBRY

favorito indiscutible de miles y miles de
lectores, que agotan sus libros a las pocas
horas de su aparición, descifrará para us-
ted, a través de páginas de tensa e involi-
dable emoción, el enigma de

LA DAMA DE LOS NENUFARES

en la novela del mismo título que ha de
aparecer en el próximo número de la gran

COLECCION

SERVICIO SECRETO

¡No deje usted de adquirirla!

— CONSERVE ESTE EJEMPLAR —

SI ESTE NÚMERO COINCIDE CON EL PRIMER PREMIO DEL SORTEO DE LA LOTERÍA NACIONAL QUE CORRESPONDE CELEBRAR EN MADRID EL DÍA 5 DE AGOSTO DE 1952, RECIBIRÁ USTED LA CANTIDAD DE:

XXXXXXXXXXXX

Nº 110327

XXXXXXXXXXXX

250 PESETAS EN EFECTIVO

para lo cual bastará presentar este volumen completo en nuestras oficinas: Editorial BRUGUERA - Proyecto, 2 - Barcelona, o si se reside en otras localidades enviarlo por correo certificado, el cual ejemplar le será devuelto, remitiéndole al propio tiempo el importe del premio por Giro Postal.

En el caso de que el número premiado en el Sorteo de la Lotería Nacional tenga cinco cifras, recibirán el premio no sólo los poseedores del mismo número, sino también, aquellos cuyas cuatro últimas cifras, coincidan con las de dicho número premiado. (Ejemplo: Si el número agraciado en la Lotería es el 13.435, resultarán favorecidos los lectores que tengan los volúmenes con los números 13.435 y 3.435).

Los volúmenes premiados que no hayan sido presentados en el término de sesenta días a partir de la fecha del sorteo, se considerarán caducados.

Si excepcionalmente, por un error de imprenta, se repitiese varias veces un mismo número en nuestros ejemplares, y éste resultase favorecido, se entregará el importe del premio a quien primero presente uno de dichos ejemplares.

El importe de los premios que, por cualquier causa, no hayan sido satisfechos, se acumulará con destino a un sorteo extraordinario, cuyas condiciones serán oportunamente anunciadas.

NO LO OLVIDE: Cada una de nuestras colecciones, Pimpinela, Madreperla, Rosaura, Amapola, Servicio Secreto y Bizante, obsequiará todos los semanas a sus lectores con premios de 250 pts.

¡Más de 6.000 pts. mensuales en premios!

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 290 - Trini de Figueroa
16 CASTIGO
Núm. 291 - María Teresa Lergo
24 EN LA PENUMBRA
Núm. 292 - Isabel Soluño
0 VOLANDO HACIA EL DESTINO
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 130 - Lia Ramos
12 EL SUPLANTADOR
Núm. 131 - Carin Tellado
12 ALIX EFIMOVICH
Núm. 132 - María Adela Durango
0 PASAJE PARA SHANGAI
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION BIDENTE

- Núm. 231 - M. de Silva
16 LA DOBLE MISION DE BILLY
Núm. 232 - Rogers Kirby
12 EL VALLE DE LA MUERTE
Núm. 233 - Tex Taylor
0 PISTOLERO Y BRAVUCON
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 95 - Peter Dabry
12 HORAS TRAGICAS
Núm. 96 - Jack Grey
12 EL FANTASMA ASESINO
Núm. 97 - Peter Dabry
0 LA DAMA DE LOS NENUFARES
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 186 - Luisa Acaro
12 Y BROTO UN CAPULLO
Núm. 187 - María Adela Durango
12 EL DECIMO DE LOTERIA
Núm. 188 - Agatha Mor
0 AMOR EN LA HORA H
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 16 - Ana Marcela Garcia
12 EL ANHELO INFINITO
Núm. 17 - Nylbama
12 AMOR Y PERDON
Núm. 18 - María del Pilar Carrá
0 LAS VELLIZAS
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION IRIS

- Núm. 5 - Arnaldo Visconti
12 LOS HAMPONES DEL MAR
Núm. 6 - Arnaldo Visconti
12 TRAGICO IDILIO
Núm. 7 - Arnaldo Visconti
0 EL BRAVUCON DE NUEVA ORLEANS
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCION AUTORES FAMOSOS

- Núm. 37 - Oscar J. Friend
12 LA ULTIMA REDADA
Núm. 38 - Zane Grey
12 LA LLAMADA DEL CAÑON
Núm. 39 - William MacLeod Raine
0 GANGSTERS DE LA PRADERA
APARICION BIMENSUAL. PRECIO 16 PTAS.

Valúmenes recientemente aparecidos

Valúmenes de próxima aparición

Precio: 5 ptas.



